

Escribe Germán Carrera Damas: Simón Bolívar fue, en primer lugar, caraqueño (la dimensión de lo real-racional), y, en segundo lugar, colombiano (la dimensión de lo ideal-racional). Por eso, Colombia fue una república de un solo ciudadano, y por llamarse Simón Bolívar ese ciudadano, la búsqueda cons-

tante de Colombia, tan agudamente percibida por Luis Castro Leiva como el drama de la razón política ilustrada de nuestro continente, es, al menos para los venezolanos, uno más de los caminos de retorno a un Bolívar del cual, sin embargo, no hemos salido.



Papel Literario

FUNDADO EN 1943

80 AÑOS

DOMINGO 26 DE FEBRERO DE 2023

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/ •Twitter @papeliterario

HOMENAJE >> LUIS CASTRO LEIVA (1943-1999)

Para recordar a Luis

El pasado 23 de febrero, Luis Castro Leiva hubiese cumplido 80 años, razón que nos estimula a recordarlo. Abogado de la UCV, doctor en Filosofía de la Universidad de Cambridge, fue ensayista, autor de más de veinte libros, profesor en la UCV, la USB, UCAB e IDEA, así como un potente pensador de la historia y del presente venezolano

RAFAEL TOMÁS CALDERA

*For precious friends hid
In death's dateless night
Shakespeare, Sonnet 30*

1
Difícil recordar a Luis y no pensar en aquello que recogió C. S. Lewis en su ensayo sobre la amistad, del libro *Los cuatro amores*, acerca de la pérdida de un amigo: que no solo hemos perdido al amigo, que la muerte llevó consigo un día, y todo lo que de él podíamos recibir, sino aquello que él suscitaba en cada uno de nosotros. Porque, sin duda, la amistad es siempre mayéutica.

Llegaba Luis, tan múltiple en las facetas de su rica personalidad, y ya el grupo no era igual. Ocurrente y dotado de un talento histriónico que lo hacía capaz de imitar, por ejemplo, cualquier acento latinoamericano, por no decir nada de su perfecto acento francés e inglés, no solo refería lo dicho por algún personaje: *lo hacía presente*, sin dejar de salpicar la anécdota con una picardía muy suya, nunca ofensiva. Andaba a veces en modo depresivo, *dejected*: diría entonces que estaba *stanco da morire*. Sin embargo, aun entonces era capaz de una mirada llena de humor sobre las realidades más cotidianas, que cobraban en su palabra –verdadero talento poético– caracteres muy singulares. No iba a la facultad de Derecho de la Central: iba a *Marsella*. Aquel educador que respetaba y admiraba era, en su conversación, *Vasconcelos*; el presidente Caldera, *Fabio Máximo*...

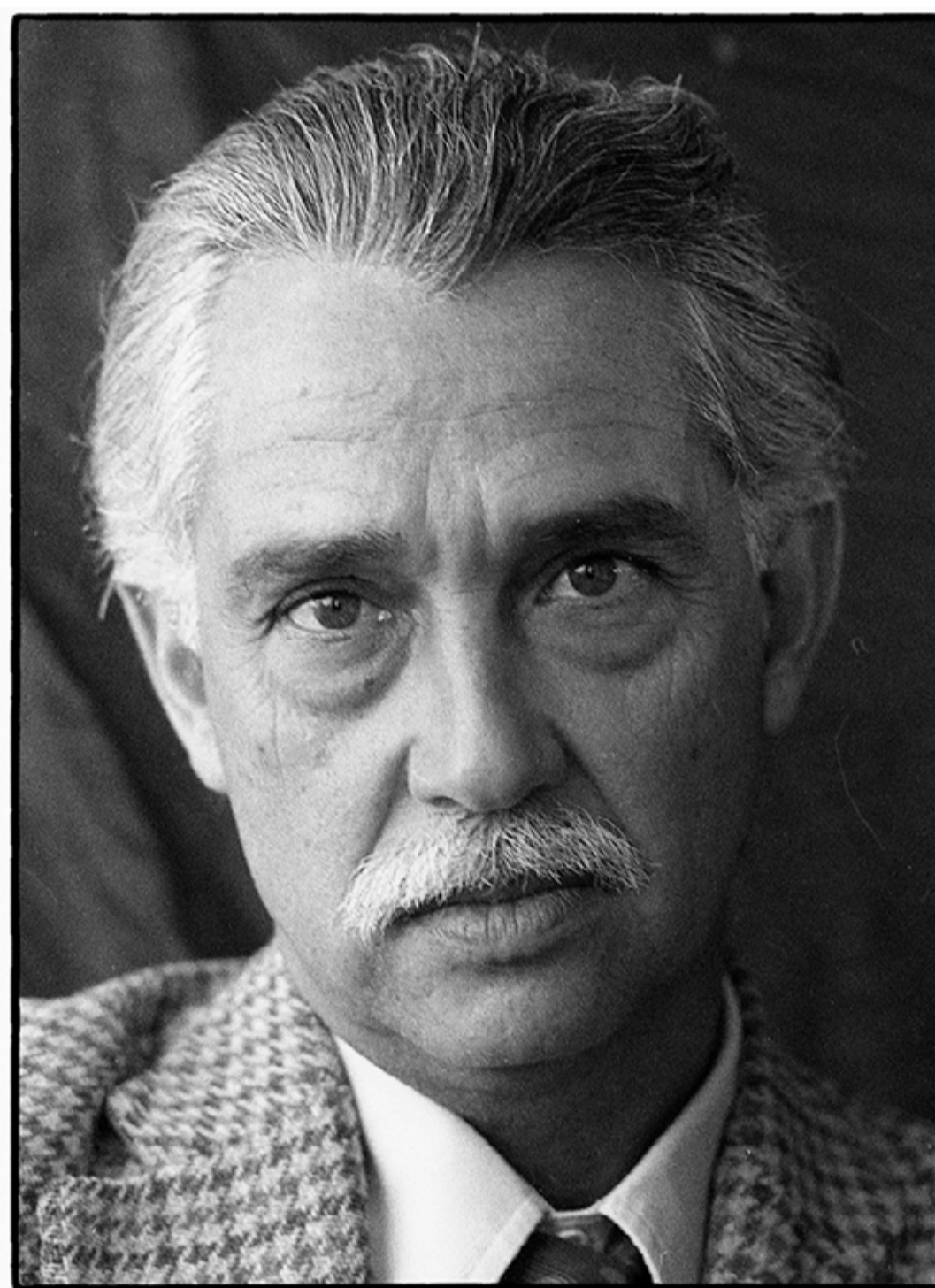
Con ello, como decía, Luis suscitaba en el grupo de amigos, acaso reunidos en el cafetín de la universidad, reacciones, comentarios, ocurrencias que ninguno habría tenido por sí solo. Perdimos, pues, también lo que su presencia *sacaba* de los talentos dormidos en cada quien, que enriquecía la vida de todos. No me parece necesario argumentar más lo que resulta obvio para los que estamos unidos por su recuerdo.

2
A mi regreso del doctorado, cuando Luis preparaba su enorme tesis para Cambridge, nos reencuentramos en Sartenejas. Había pasado años sin verlo, desde nuestros tiempos en la facultad de Derecho, donde se graduó antes que yo. Estaba la Simón Bolívar en sus primeros años –era 1975–, aún en construcción y con todo el encanto de aquel valle donde el rector Mayz, nuestro amigo común, ensayaba su magnánima obra de rector fundador y de jardinero aficionado, muy aficionado por cierto.

Comenzó entonces una etapa de frecuentación cotidiana, de horas compartidas, con sueños, trabajos, proyectos y dificultades comunes. Desde ese tiempo, la conversación –podría decir– se hizo universal y continua, ya hasta que se fue del todo. Unos versos de Jorge Guillén¹ lo dicen en forma perfecta:

*Andábamos, hablábamos: amigos
En amistad, sin meta.
Fluía la atención. Tenía cauce.
El mundo se cernía,
Ignoto y leve, sobre nuestras voces.
Fluía la mañana por el diálogo.*

Leíamos los textos el uno del otro. Esperábamos la opinión, esa que solo se puede recibir de quien sabes que te entiende y, al mismo tiempo, aspira para ti lo mejor que puedas dar. Y –decía– la conversación se hizo continua, no porque no hubiera pausas –estancias de Luis en Cambridge, por ejemplo, o tiempo en el IDEA



LUIS CASTRO LEIVA / ©VASCO SZINETAR

cuando ya me había regresado a la universidad–, sino porque no requería esfuerzo retomar el hilo. Una conversación universal: T. S. Eliot o C. S. Lewis, Derek Walcott, Guillermo Sucre, sus encuentros con sir Eric Ashby, el proyecto de la Casa de Miranda en Londres, muchas veces lo que debía promoverse en el campo de las humanidades en el país, las desventuras del último partido de rugby en el cual lo habían dejado un poco malparado (lo que, por cierto, oía con atención, pero sin dejar de recordar que ya no estaba tan joven como para someterse a lo que él llamaría semejante *ordalía*). Cualquier cosa. Por supuesto, la circunstancia política del país, donde fue siempre tan lúcida su percepción y acerada su palabra.

Y eso, andando por Sartenejas, en la oficina del departamento de Filosofía o en algún salón de la vieja casa del IDEA y, tantas veces, llevándolo o trayéndolo en el carro porque el suyo estaba descompuesto. La relación de Luis con el automóvil, que yo recuerde, siempre fue muy especial: una mezcla de fantasía y de continuo sufrimiento mecánico. *Herby* quizá fue el carro más fiel que tuvo: no en vano la simplicidad y reciedumbre del Volkswagen es capaz de aguantar a un conductor descuidado y temperamental. El Renault que le siguió y luego el Lada merecerían capítulos de una narración

bastante anecdótica. Pasamos, pues, muchos ratos juntos en el camino a la Simón o de regreso –por el camino de Larissa, diría Luis–, con todo lo que se puede conversar en las rutas caraqueñas.

3
Era un hombre en quien estaba despierto el espíritu. Con las fragilidades propias de toda carne, pero con un afán de verdad, una pasión por comprender y un sentido de justicia que hacía de la suya una presencia viviente. Presenciaocrática, diría, no con la contundencia de una respuesta al uso, que acaso no tenía (menos aún contaminada de ideología), sino con la certeza de una pregunta. En todo ambiente: en la cancha de rugby o en la piscina; en el aula de postgrado; en una reunión social donde por eso, a pesar del agrado de su trato, podía resultar incómodo. Ajeno al miedo, procuraba ver y decir lo visto, aunque ello provocara una confrontación con su interlocutor del momento.

Su presencia así era real: capaz de suscitar interés o asombro, de sacudir, de entretener también. Sin dejar al interlocutor en su estólida indiferencia, como la encontramos tan a menudo en esta sociedad hiperinformatizada en la cual nos ha tocado vivir. Podría decir con Alfonso Reyes que “todas sus ideas salían can-

dentes, nuevas y recién forjadas, al rojo vivo de una sensibilidad como no la he vuelto a encontrar en mi ya accidentada experiencia de los hombres”².

De allí quizá su enorme capacidad de zahorí: buscador de fuentes escondidas, ríos subterráneos. Esa pasión por despertar el ángel dormido en más de una persona que ahora destaca en la vida nacional, de recoger a quienes andaban desorientados y realengos para darles un propósito: para hacerles encontrarse y encontrar su camino.

Su vocación de estilo podía llevar a su amigo el artista italiano, Getulio Alviani, a decir ante las exigencias de un diseño: *Castro, tu mi fai impazzire*. Había salido ya del estrecho cerco que puede tender la vida académica y, con mucha libertad, hablaba con voz propia. Tenía el sentido de veneración que corresponde a quien conoce grandes obras de la tradición y posee un fino sentido histórico; pero no pagaba impuestos a los prestigios ni se guiaba por argumentos de autoridad. Aprendió de su maestro Michel Villy el desenfado de quien se enfrenta a un texto –el que sea: texto de ley, cita de un autor inglés medieval, poeta o el propio Heidegger, tan reverenciado en la circunstancia– con el más ingenuo y agudo afán de comprender. Y así lo hacía, sin miedo de torturar a sus alumnos en aquel seminario o grupo de estudio.

Sufría, eso sí, con su propia expresión enrevesada –no solo escribió *en arameo*, como pudo decir Manuel Caballero, sino que más de una vez habló así–, lo que dejó con la boca abierta a quienes lo escuchaban. Alguno recordará el denso silencio que se produjo en la defensa de tesis doctoral de Javier Sasso, a propósito de una larga y difícil pregunta de Luis: cómo sería aquello para dejar perplejo a Javier, tan erudito, tan elocuente, de tan penetrante inteligencia.

4
Al recordarlo ahora no dejan de venir a memoria los versos de Shakespeare en uno de sus sonetos: *For precious friends hid / in death's dateless night*. Nunca le fue ajeno el pensamiento frecuente, la meditación en nuestra hermana la muerte. Su interlocutor del momento era quizás Orlando, de discreta presencia, capaz de llevar el hilo de su discurso, sin el miedo que suele acometer a quien se acerca al tema. No habría sido un espíritu despierto, como dije, si no se hubiera colocado con tanta lucidez frente a la muerte.

¿Resultado acaso de una cierta tendencia pesimista? No, pienso que no. Profunda inteligencia, que lleva consigo un inevitable sentido del misterio de la existencia. Luis podría haber escrito estas palabras de Benedicto XVI: “De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados (...) La expresión ‘vida eterna’ trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida”³.

En el núcleo de su persona estaba la herida de la trascendencia. Nunca pudo ser, a Dios gracias, un animal adaptado a esta tierra. Lleno de iniciativas, algunas de gran sentido práctico, otras más bien hechas de sueños, tuvo como con los automóviles, una difícil relación con el dinero, el orden de los papeles en su escritorio, el lugar donde dejaba las llaves. Porque estaba en tensión hacia lo invisible.

Death's dateless night. Acaso Bloom exagera en su amor por Shakespeare cuando dice que inventó lo humano. Pero sin duda dio expresión ajustada a algunas de nuestras experiencias más profundas. A los quince años del tránsito de Luis, uno quisiera –a más del recuerdo– penetrar esa noche intemporal donde se nos esconde su presencia. ☉

1 “El diálogo”, en *Cántico*.

2 *Oración del 9 de febrero*.

3 Carta encíclica *Spe salvi*, n. 12.

HOMENAJE >> LUIS CASTRO LEIVA (1943-1999)

"La blanda dureza del San Ignacio, los colegios norteamericanos y chilenos y el duro contraste con la especie de república independiente socialista en que se había transformado la Universidad Central de Venezuela en sus años de estudiante, contribuyeron a formar en él, la amarga convicción de que era necesario encontrar el origen de los recurrentes males de una república que en algún momento había perdido su identidad"

FERNANDO FALCÓN

La soledad de los atardeceres en Sartenejas se hacía pesada y ominosa. Un zamuro, omnipresente visitante de la ventana del estudio, era testigo mudo de las extenuantes jornadas de trabajo en la Unidad de Historia de las Ideas. En algún momento, Luis Castro Leiva se volteó hacia mí y me dijo:

—Tome nota, Mayor —jamás me tuteaba— y dígame si le gusta: "Es difícil morir bien, usualmente se hace esto mal o no se hace. Es cosa extraña eso de morir con conciencia, y a plenitud. Pareciera que hay que tener demasiadas cosas buenas en uno, para que se pueda morir como si se viviera".

Nos miramos en silencio ante la contundencia y belleza del argumento. Probamos nuestro café y continuamos el trabajo. La frase fue publicada luego en uno de sus vibrantes artículos, ahora no recuerdo en cuál, y permaneció en el olvido de mi libreta de notas. En estos días y horas del recuerdo de su partida, ella ha vuelto recurrentemente a mi memoria: ¿cómo entonces vivió Luis Castro Leiva para que haya podido morir en tan buena forma?

Testigo de la turbulenta época de las evoluciones e involuciones políticas del país, vivió desde muy pequeña edad la noria de equívocas que constituyen nuestro ciclo de Polibio tropical, mientras el cuadro político ideológico mundial convertía a nuestros territorios en tableros de ajedrez, donde las nuevas potencias ideológicamente irreconciliables ensayaban jugadas de altura. Tal circunstancia, y la impronta de su padre, humanista y educador transformado en soldado, forjaron en él sus primeros amores con el republicanismo cívico, pasión que lo acompañaría por el resto de su vida.

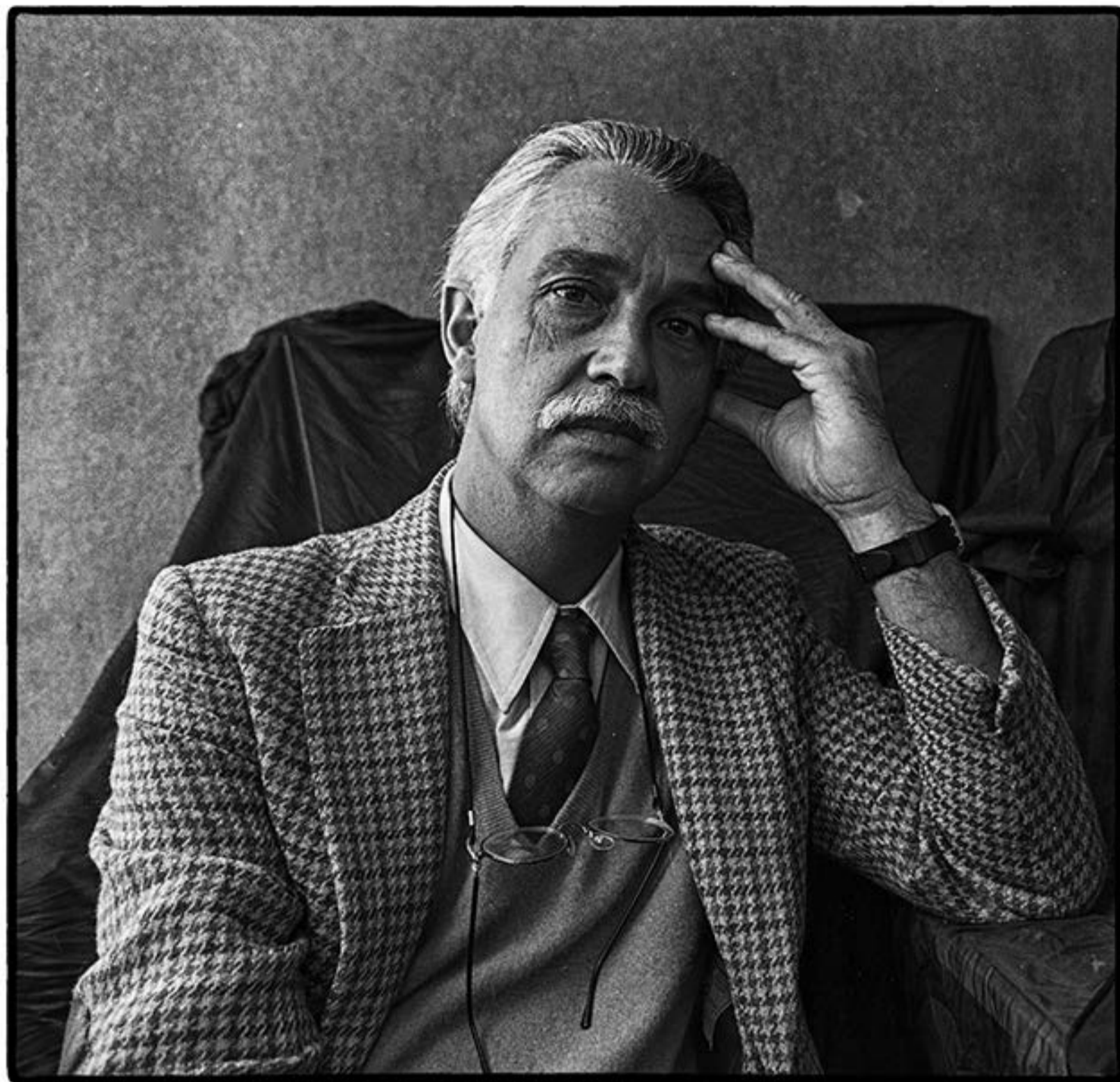
La blanda dureza del San Ignacio, los colegios norteamericanos y chilenos y el duro contraste con la especie de república independiente socialista en que se había transformado la Universidad Central de Venezuela en sus años de estudiante, contribuyeron a formar en él, la amarga convicción de que era necesario encontrar el origen de los recurrentes males de una república que en algún momento había perdido su identidad. De allí su temprana adscripción al derecho y la filosofía que, prontamente, terminaron conduciéndolo por los senderos de la historia de las ideas y la teoría política.

Su sólida formación en París y Cambridge, su nuevo contacto con la realidad académica y europea, terminaron de consolidar sus tempranas convicciones ignacianas: Que los habitantes de una república, deben ser educados primero en la forja de su carácter y de su cuerpo, para que la virtud cívica se desarrolle libremente a través del conocimiento intelectual. Y, como todos los quiéjotes de siempre, se apresuró a cargar contra los molinos de viento de la vida académica de charlas de café, subsidios y desidia. Al principio, la reflexión ocupaba el lugar de la escritura; luego, esta se hizo copiosa, torrencial, apabullante.

Pero la obsesión por la formación del cuerpo y del carácter como requisito básico de la vida en sociedad ocupaba su tiempo, tanto como la producción académica. Encontró en los deportes, y en especial en el para nosotros exótico rugby, la respuesta ideal a sus inquietudes. Reorganizó ese deporte en Venezuela y lo difundió por las universidades, convirtiéndolo en vehículo de camaradería, solidaridad, afecto, cultura de campus y vencedor de dificultades. Más adelante, involucró a sus hijos en la tarea. Sus amigos aún lo recordamos arengando a sus jóvenes de Los Rojos, USB y CRUM, mientras vendaba tobillos y recitaba poemas de T.S. Elliot.

Su vida académica, brillante, sin tacha, de mu-

Luis Castro Leiva



LUIS CASTRO LEIVA / ©VASCO SZINETAR

cha producción y pocas palabras lo convirtió en algo que muchos quieren y pocos pueden: en maestro. Generoso con el conocimiento, daba las claves de acceso a la reflexión mediante el respeto a la vocación y al interés individual de sus alumnos. Una sesión de trabajo o la corrección de un artículo, se convertía en una velada inolvidable. Aun sus estudiantes de doctorado pasábamos por las horcas caudinas de su agudeza, combinada espartanamente con la natación o las largas carreras en los terrenos aledaños a su residencia. Un cuerpo agotado no replicaba ante las observaciones contundentes y certeras del maestro. Su vocación de guía lo convertía en padre que compartía hasta las angustias vivenciales de a quienes él guiaba. A veces, hasta nos pedía prestadas pequeñas cosas o libros que ya tenía para mantener esa camaradería cómplice que hacía de Luis un personaje tan emotivamente humano e inolvidable.

Articulista duro, mordaz, falsamente oscuro, tenía en su prosa la simplicidad de lo complejo y cautivaba al más variado público. Pocos saben que en los años de los golpes y la cárcel casi todos los oficiales rebeldes llevaban sus artículos en los bolsillos de sus guerreras, mientras que los que

condenaban los intentos de golpe aludían a sus reflexiones como base para sus argumentos. La república y su evolución moral constituían la base de su reflexión, su pasión y su herencia.

Pero había algo más en Luis, que pocos conocían. La devoción filial a ese paradigma de abnegación militar que fue su padre, el comandante Raúl Castro Gómez: se transformó en un profundo amor por los valores fundamentales y básicos de la profesión militar. Uno de sus artículos, que se refería a la agonía de su padre y al respeto al uniforme militar, nos transformó en discípulos y nos permitió iniciar una fructífera relación.

El tiempo y la vida nos acercaron cuando me desempeñaba como asesor político y edecán del ministro de la Defensa. Sus prédicas constantes sobre el devenir moral de la república, la suerte ética de los habitantes de esta tropicalidad inconsciente llamada Venezuela, la mirada señora sobre un panorama político que naufragaba en sus propias contradicciones y su marasmo reflexivo, nos fueron inclinando a no entender el fondo de un pensamiento que se nos antojaba extraño, y militares jóvenes, jóvenes turcos, fuimos al calvario de una insurrección armada detestada ayer y pontificada ahora.

Obras de Luis Castro

MANUEL CABALLERO

En los últimos años de la vida de Luis Castro Leiva, una revista, entre admirativa y sardónica, apuntaba que si bien casi desconocido para el gran público, en el mundo académico, en la *intelligentsia*, era objeto de un verdadero culto. A varios años de su muerte, la situación continúa siendo en lo sustancial la misma. Es uno de los pocos pensadores de quien, a cada giro de la situación que desconcierta hasta al más alerta, se oye aquí y allá una frase nostálgica: "¡Cuánta falta nos hace Luis!". Y eso, pronunciada por gente que, en vida suya, se quejaba de que no podía entender una prosa que se le antojaba críptica.

Es que Luis pertenecía a esa raza de pensadores cuyo lenguaje termina por hacerse entender primero por unos pocos, y luego, a medida que pasa el tiempo se va extendiendo ese proceso de comprensión como una mancha de aceite, a convertirse sus ideas en patrimonio de todos, aunque es difícil que alguna vez lleguen a convertirse en lugares comunes. Porque, aunque no

era la suya una prosa polémica, tocaba sin embargo el centro de las *idees reçues* de los venezolanos, la adoración de símbolos y mitos que han contribuido, al revés de lo que se suele decir, en un estado de niñez mental. La suya era una lucha racional y pasional contra el mayor y más pernicioso mito de nuestra historia, ese bolivarianismo que lleva directo a un fundamentalismo que nada tiene que envidiar al de los más ensoberbecidos y enturbanados *mulás* mesorientales.

La publicación de las obras completas de Luis Castro Leiva no es entonces el homenaje normal de sus prójimos, sino sobre todo una piedra lanzada para alborotar las aguas podridas e inmóviles de un pensamiento cenagoso.

*El texto de Manuel Caballero es el prólogo del volumen I, *Para pensar a Bolívar*, de las *Obras de Luis Castro Leiva*, publicado por Fundación Polar y Universidad Católica Andrés Bello, en el 2005. La edición, a cargo de Carol Leal Curiel, incluye un prólogo de Germán Carrera Damas.

En la hora de la ingrata derrota, vi a Luis Castro Leiva gritar con pasión para que a los vencidos se les respetara la dignidad del uniforme en el combate. Meses más tarde, otros volvimos a pasar por un calvario similar. A la cárcel siguió la desgracia del olvido y, una vez más, Luis Castro Leiva ayudó a algunos de esos jóvenes turcos y se dedicó a la tarea de enseñarles a pensar las consecuencias éticas de sus pasadas acciones.

Para nosotros, pletóricos de saber enciclopédico adquirido a prisas en campamentos o universidades, el aprender a pensar la política como actividad humana y por lo tanto moral y éticamente pensable, se nos antojaba tarea difícil y dolorosa, horas y días conociendo al maestro, que a la par de sus condiciones intelectuales, nos regalaba su profunda calidad humana y la posibilidad de aprender a pensar algo que no habíamos hecho y que se reflejaba en su obra: pensar a Venezuela como la república que es, en busca de la perdida identidad que alguna vez tuvo, alertarnos sobre las consecuencias del mesianismo y la ambición pequeña en nombre de grandes doctrinas o figuras históricas, despertarnos del marasmo de repetir a Bolívar, para no tener la necesidad de pensarlo; y, en fin, darle a la política en Venezuela, la dignidad ética que hacía mucho tiempo no tenía. Al final, los soldados de ayer, nos convertimos en discípulos, llevando su prédica a cuarteles, universidades y a veces hasta a los barrios.

Descubrimos a lo largo de su producción intelectual un corolario: la enseñanza básica de que no puede un garante de la libertad acceder a la condición de árbitro de ella, sin sufrir las consecuencias morales de sus acciones, que no se puede colocar a una república en la disyuntiva de acceder a cambios radicales, o mantener viejas estructuras inadecuadas sin estar dispuesto a pagarse el precio que todo poder conlleva, que la llaneza militar tiene una dignidad distinta a la del mandatario, por lo que ambas no pueden usarse como cobertura ética para las pasiones, y que toda transformación de la sociedad que atente contra la libertad, más que transformación, es una grosera involución.

Luis Castro Leiva, vivió en un sueño republicano y murió mientras dormía. La muerte del justo y del sabio. ¡Que haya paz en los restos de esta república para que tus restos descansen en paz! ☺

*Artículo publicado originalmente en la Revista SIC en la edición del mes de mayo de 1999.

HOMENAJE >> LUIS CASTRO LEIVA (1943-1999)

Profunda convicción republicana

“Leíamos nuestros avances bajo el escrutinio implacable de su mirada. Un examen en profundidad de lo que escribíamos y decíamos; fue obsesivo con los tránsitos de una idea a otra, indispensable como prueba forense de comprensión y elocuencia de lo afirmado: ‘las citas deben iluminar su argumento’, nos repetía una y otra vez”

OMAR NORIA SISO

A Luis Castro Leiva in memoriam.

Mal écrivain

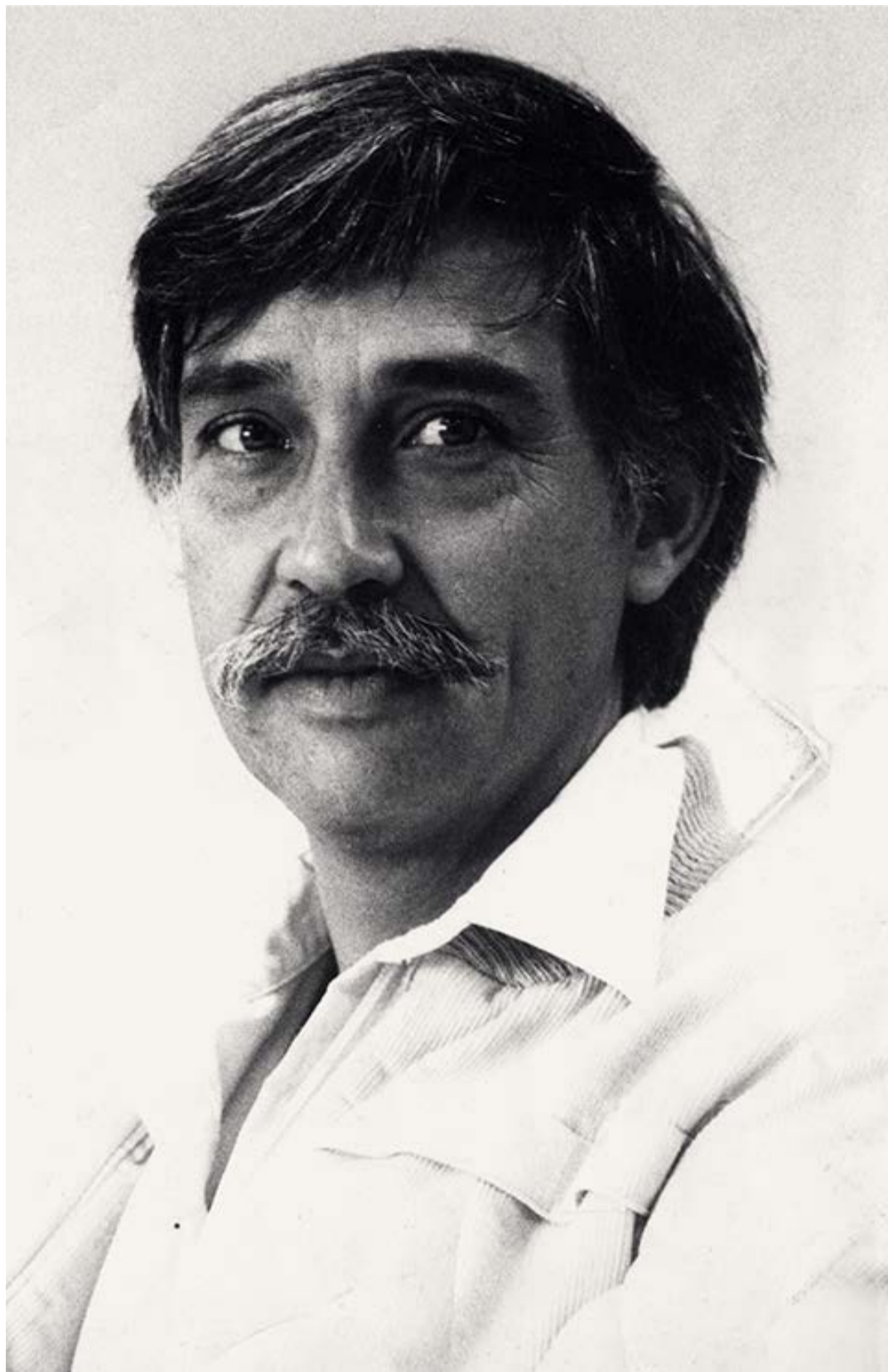
Fue una nota devastadora que calificó uno de sus trabajos en el curso de Filosofía del Derecho que dirigía Michel Villey. “Lo leí derrumbado —nos dijo— temblaba y no pude parar de llorar, me fui al fondo del autobús que había tomado en la estación del Jardín des Plantes, allí me refugié, escondido de las miradas de la gente”. Su maestro le indicaría que una tesis doctoral no es una prueba de inteligencia —la suya era de una calidad superior— sino de *endurance*, persistir, resistir en el oficio. Eso hizo, se empeñó en la revisión hasta lograr, finalmente, que su trabajo culminara con el privilegio de haber sido el primer latinoamericano en publicar en la revista de Filosofía del Derecho bajo los auspicios del sabio Villey, quien fue, según, Stéphane Rials: “*le plus grand penseur des facultés de droit françaises au XXe siècle*”.

La crítica al pensamiento jurídico moderno de su maestro lo envolvía notablemente en sus clases, en algunos de sus libros y artículos. Particularmente, se hacía evidente en la lectura de la *Política* de Aristóteles por el *id quod iustum est*. Luis Castro prefería el estudio de la *Política* del Estagirita que el *Topos uranos* platónico, por aquello de *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, no obstante, al exhorto del autor de *La república* de darle todo el poder a los filósofos, que bien pudiera haberlo seducido. Es así que la idea de una moral ciudadana aparece en sus escritos con una importancia decisivamente singular. La discordia y proliferaciones del ejercicio mendaz y utilitario de la política tipificó su búsqueda del derecho y la justicia en una república democrática; su amigo, tal vez el más cercano, Rafael Tomás Caldera, reproduciría en una nota-homenaje a su memoria, un texto escrito por Castro Leiva, revelador de su profunda convicción republicana: “¿Qué ocurre en una república democrática cuando la palabra del político no se empeña, cuando la lengua de los magistrados es torcida, cuando quienes la conocen no tienen derecho a darla, cuando quienes hablan callan, cuando quienes la profieren vociferan, cuando quienes la abusan se desnudan en su inconsistencia moral?, ¿qué ocurre? Sucede entonces que la república se muere con la democracia, y esta en aquella. Ocurre que la sociedad se desentiende de los asuntos públicos y aprende los poderes del cinismo y la hipocresía”.

Las Cumbres

Luis Castro Leiva nos reunió en los espacios del IDEA en la quinta Las Cumbres, donde impartía, en una sala enorme, sus seminarios doctorales, una casa con un balcón que se adentraba a un jardín interior atrapado entre los verdes de las ramas y la espesa neblina de esa colina; una chimenea para espantar fríos reales e imaginarios y, en el centro de la sala, un gran piano de cola Stenway & Sons con sus notas enmudecidas.

Allí acudíamos todos los jueves un grupo de investigadores, iniciados en la alquimia del filosofar; masones y jesuitas como en la novela de Eco *El Cementerio de Praga*, con jurada fe de carbonarios. Los hubo judíos por aquello del Golem del rabino Löw y hasta un fraile franciscano-capuchino devoto del nominalismo de la baja Edad Media que alguna vez ahorcaría hábitos entre *laudes*, la hora del arrepentimiento, y *maitines*.



LUIS CASTRO LEIVA / EXTRAÍDO DE OBRAS EDITADO POR FUNDACIÓN EMPRESAS POLAR Y LA UCAB

Estudiantes, a quienes dirigía magistralmente para descubrir la búsqueda de lo humano en las meditaciones filosóficas.

Las Cumbres era como el taller del orfebre donde se forjaban piezas de herrería para moldearlas con magia en el arte prudencial del pensar. Leíamos nuestros avances bajo el escrutinio implacable de su mirada. Un examen en profundidad de lo que escribíamos y decíamos; fue obsesivo con los tránsitos de una idea a otra, indispensable como prueba forense de comprensión y elocuencia de lo afirmado: “las citas deben iluminar su argumento”, nos repetía una y otra vez. Hacía una revisión exhaustiva de lo que sosteníamos en nuestras investigaciones y se detenía en cada palabra, en cada frase y en los cierres semánticos para evitar desvaríos. Escuchaba los tiempos verbales para hacer presente los pretéritos autorales. Examinaba textos y contextos *skinnerianos* orientado en la atmósfera de la universidad de Cambridge donde realizó estudios doctorales. Auscultaba el sentido y pertinencia filosófica e histórica de las investigaciones en curso para exorcizar ritualmente, inconsistencias e incoherencias argumentales, y, de este modo, sortear riesgos de anacronías, prolepsis y analepsis que era capaz de encontrar en nuestras narrativas escolares. No sin temor; se veía aludido en un reflejo especular del Yo, en el examen doctoral de sus estudiantes, frente a un jurado que exigía fuera constituido por los más rigurosos. Discutíamos las visiones que se tenían de Hobbes y la idea de imaginación, escuchábamos la voz del arzobispo Coll y Prat en su defensa de los derechos de Fernando VII. Revisábamos las bases doctrinales del Decreto de Guerra a Muerte y el pensamiento militar del Libertador desde la historia intelectual. Leíamos a Sieyès y la incapacidad tanto de la izquierda como de la derecha francesa de comprender el liberalismo del autor de *Dire sur la question du veto royal*. Examinábamos los textos en profundidad del cura de Frèjus y su modelo constitucional estudiado, atinadamente, por uno de sus especialistas, Pasquale Pasquino. Juntos descubrimos la biografía intelectual de Sieyès que asombraría en el pasado, tanto al joven Marx al reconocerlo como el inventor del lenguaje político moderno, así como a K. Schmitt. De manera similar

a naciones europeas, Alemania e Italia después de la Segunda Guerra mundial, y a Francia, luego de la V República, al incorporar su principio de control constitucional. Se leían textos en un francés del siglo XVIII que Luis recitaba teatralmente en un trance hipnótico a los tiempos y espacios de *L'Assemblée Nationale Constituante de 1789*, lograba conmovernos, y que, alguna vez, habría de inspirar su afamado discurso en el Congreso Nacional venezolano sobre el 23 de enero de 1958.

La defensa de la civilidad

Luis Castro tuvo una preocupación agónica y agonística —en el sentido del *conatus* spinoziano— sobre la relación que pudiera existir entre ética y política a través del concepto de ciudadano y república, elementos que llegó a considerar esenciales para la comprensión de la controversial realidad política venezolana. Aborrecía la desfiguración mostrenca del ciudadano en mi-

“

“Allí acudíamos todos los jueves un grupo de investigadores, iniciados en la alquimia del filosofar”

litante con claros fines cuartelarios o partidistas. Pudo vislumbrar proféticamente el propósito de la felonía militar instalada en el ámbito del régimen constitucional como una espina en la carne. “La democracia venezolana cree haber dominado la conspiración militar; esta solo duerme”, afirmaría en su libro *De la patria boba a la teología bolivariana*. Supo que la diferencia entre la democracia y el totalitarismo militarista estriba esencialmente en la manera de expresarse el poder público en un régimen jerárquicamente clausurado. Allí reflexionaría —como puede leerse a lo largo de sus trabajos académicos— que en esa diferencia se encuentran un concepto de gobierno revolucionario y un concepto de libertad pública de un régimen constitucionalista. Más allá de las teorías normativas de gobierno y por su propia formación político-constitucional, nos hacía ver cómo un régimen revolucionario se expresa en la defensa inefable de los ataques reales o inventados contra su estabilidad y seguridad, asumiendo la responsabilidad del gobierno absoluto de sus conductas solo ante sí mismo. Un concepto de libertad pública como propio del estado de salud pública, acaso en un hurgar en la memoria de la *République de la terreur* de la Revolución francesa. En un régimen constitucionalista el concepto de totalidad de la república democrática solo era posible, como aceptable, a través de la representación política de la voluntad nacional y la limitación del poder para evitar el despotismo tanto gubernamental como legislativo que se asomaba, y que luego, se consumaría para desgracia de nuestra nación. Luis Castro Leiva nos hizo comprender en esta comparación la diferencia entre el ala militarista, que se dibujaba en la historia venezolana desde el primer golpe de Estado del ejército profesional en 1835, sus innumerables levantamientos y asonadas militares, y los cuarenta años de la democracia representativa propia de un régimen constitucionalista moderno.

Siempre advirtió sobre el mito fundacional bolivariano en su afán inveterado de hacernos creer libres por la espada. Espartanos “forjadores de la libertad”. “Todos se creen El Libertador”, decía con cierta sorna. Hacernos libres por la fuerza es una clara expresión de minoridad política: adolescentes políticos, incapaces de entender el sentido y ejercicio de la libertad, expresión roussoniana de la dictadura de Bolívar en el año 1828. Porque la suerte de la República no podía caer en manos incapaces que hicieran peligrar la voluntad general.

Morir en Chicago

Paseo por el campus de la Universidad de Chicago, intento adivinar el lugar, entre edificios de un gótico inglés, donde falleció el profesor Castro Leiva. Es una arquitectura que imagino fuera de época si no fuera por los jóvenes que la habitan con sus *laptops* y otros aparatos electrónicos a cuestas, y otros edificios de un diseño modernista. Ya en las calles de esta ciudad de los vientos, me detengo en la Bob’s Blues & Jazz Mart, una tienda *old fashion* que vende discos de acetato. Hay un cartel que anuncia el estreno de la película *Chicago*, diciembre 27 del 2002; dos mujeres asesinas —Catherine Zeta-Jones y Renée Zellweger— en busca de la fama. Tomo un disco entre mis manos de Alberta Hunter, una de las *hot mamiés*, las otras, Billy Holiday y Ella Fitzgerald. “La Hunter fue enfermera durante la segunda guerra mundial”, me comenta el encargado de la tienda. Escucho su voz grave y su risa envolvente, canta *The love I have for you*. ¿La habrá escuchado Carole?

El doctor Castro Leiva estaría por cumplir ochenta años. Es la ciudad que él eligió para morir —es un decir, si es que uno puede escoger, premonitoriamente, un lugar para morir— y trae a mi memoria su afamado Discurso de Orden ante el Congreso de la República de Venezuela, un reclamo vehemente a la sociedad, autora y actriz de una práctica de la política y su distorsión: “La que tira la piedra de su moralismo y esconde la mano de su responsabilidad”. Rememoro la lectura de Monseñor Arquillière sobre el Papa Gregorio VII y su referencia al poder coercitivo de Dios en *la Civitate Dei* del obispo de Hipona para mantener a los buenos y reconducir a los perversos al buen camino. Alguna vez lo leímos en la formación de las teorías políticas de la Edad Media. Y es que Luis Castro reclamaba a la representación política sus graves inconsecuencias con la nación, a los buenos y a los perversos, y, a los gobernantes, su incuria por el desmantelamiento de la institucionalidad de los lugares y espacios republicanos. Objetó al militarismo levantisco, los malos, su modelo oclorático de un gobierno directo de la multitud engeguecida, presa de un eros frenético por un dictador populista e ignaro, paradójicamente, sometidos por él mismo al abuso y usurpación de la legalidad. ●

HOMENAJE >> LUIS CASTRO LEIVA (1943-1999)

Un anglófilo que habló a favor de la democracia en Venezuela

"Castro Leiva regresó a Venezuela en 1975, desempeñando cargos académicos y eventualmente estableciéndose en el recién fundado Instituto Internacional de Estudios Avanzados, IDEA. Pero había sido tocado por lo que él vio como la vena escéptica y escrutadora del pensamiento anglosajón, y se convirtió en un historiador de las ideas y en un crítico cultural, escudriñando algunos de los iconos políticos de su país"

STEFAN COLLINI*

En el 40 aniversario del nacimiento de la democracia en la Venezuela moderna, en enero de 1998, Luis Castro Leiva, fallecido a los 56 años de una presunta hemorragia cerebral, se convirtió en el primer ciudadano en dirigirse al Congreso de la República sin ser miembro de ese cuerpo.

Su apasionado discurso fue televisado y resultó impactante. Hizo un rotundo llamado a la clase política para que tomara conciencia de sus responsabilidades, instándola a abordar los intrincados problemas sociales y económicos del país, sin sucumbir al amiguismo, al capitalismo desenfrenado o al absolutismo atávico.

Más adelante se convirtió en un crítico abierto del populista Hugo Chávez, el líder de un fallido golpe militar que fue elegido presidente el pasado diciembre. Las predicciones más sombrías de Castro Leiva sobre el resultado de la victoria de Chávez se han venido cumpliendo.

La voz de Castro Leiva fue de las más particulares de su país, producto esta del enfrentamiento entre la tradición retórica latinoamericana y la sobria ironía inglesa que tanto apreciaba.

Argumentaba que la estabilidad del país a largo plazo dependía del Estado de derecho y de la alternancia de partidos. También fue el padre fundador del rugby venezolano.

Luis Castro Leiva fue el hijo de un oficial del ejército y de su esposa chilena. Se graduó de derecho de la Universidad Central de Venezuela en 1966 para después cursar un doctorado en filosofía del derecho en la Sorbona en París. Desde sus primeras lecturas escolares desarrolló una imagen idealizada de Inglaterra, y estando de regreso en Caracas para ejercer un puesto académico, este, como cualquier otro propósito académico de mayor sobriedad, lo llevó a Cambridge en 1971 y a un doctorado sobre "La noción de hecho en el derecho inglés" que se convirtió en un estudio detallado del desarrollo del jurado británico en la alta Edad Media.



LUIS CASTRO LEIVA (23 DE ENERO 1998) / ARCHIVO

Fue notable el hecho de que un estudiante de su formación se enfrentara con éxito a los registros legales del siglo XIV, y en cierta medida, aún más notable que cayera bajo el hechizo de la elegante e irónica prosa de F. W. Maitland, el más grande de los historiadores del derecho inglés, quien se convirtió en un punto de referencia constante.

Castro Leiva regresó a Venezuela en 1975, desempeñando cargos académicos y eventualmente estableciéndose en el recién fundado Instituto Internacional de Estudios Avanzados, IDEA. Pero había sido tocado por lo que él vio como la

vena escéptica y escrutadora del pensamiento anglosajón, y se convirtió en un historiador de las ideas y en un crítico cultural, escudriñando algunos de los iconos políticos de su país.

Esta fue la base de su posterior papel público, y le valió el reconocimiento académico, tal como sus estancias en la Cátedra Simón Bolívar de Cambridge en 1992-1993 y dos periodos como profesor Tinker de la Universidad de Chicago en 1997 y 1999.

En la década de los años ochenta se opuso a la tradición venezolana de que la política se debía

conducir o bien como el ámbito de la trascendencia o como el teatro del heroísmo.

Lo que él quería eran principios y pragmatismo, que procuraran ser resultados lo menos perniciosos posibles, dadas las circunstancias históricamente limitadas. Polemizó –y podía hacerlo como pocos– en contra de los dogmas rivales del nacionalismo del "hombre a caballo blanco" y el neoliberalismo de libre mercado. Anhelaba el respeto por las formas democráticas, acogiendo la disciplina moral de aceptar la derrota o la victoria política dentro de un marco previamente acordado.

Expresó también sus opiniones en las columnas del *Diario de Caracas* y, más tarde, en *El Universal*. Sus magnéticas apariciones televisivas –con elocuencia e ingenio a la par de encanto y buena presencia– culminaron con su comparecencia ante el Congreso.

La posición única de Castro Leiva en la vida venezolana se basaba también en su estilo. Sus escritos combinaban la meditación metafísica con las anécdotas cotidianas, aderezadas con un humor escandalosamente extravagante.

Su meta fue nada menos que la educación ética de sus lectores, esa incitación a la reflexión y al autoanálisis que él veía como el principio de la comprensión de cómo llevar la vida. Cuando sintió que la situación política se volvía cada vez más grave, sus escritos se volvieron cada vez más directos y urgentes, pero nunca perdieron esa extraordinaria capacidad de hacer sentir a cada lector como si fuese el único objeto de su mensaje.

En su vida, como en sus escritos, Luis Castro Leiva nunca se refugió en lo formal, lo abstracto o lo profesional. Su vida práctica fue un caos cautivador de entusiasmos cumplidos a medias. Mantuvo con rigor su independencia política y económica, rechazando las recompensas que su fama podría haberle otorgado.

Para la élite acomodada de Caracas llevaba una vida de bohemio desaliñado, conduciendo viejos y decrepitos cacharros, desprovistos de comodidades tales como puertas que pudieran abrirse o cerrarse. Para muchos, su vínculo con el rugby fue una muestra más de su excentricidad; en realidad, fue otra manifestación de su anglofilia, de su preocupación por el equilibrio entre individualidad y solidaridad, y de su inquietante fuerza física.

Su seriedad –y a veces depresión– iba siempre acompañada por su exuberante vitalidad humorística, que encontraba escape en invenciones surrealistas y un don para la personificación. Su destreza con los idiomas y acentos lograba arrancar carcajadas a amigos de diferentes países.

Deja una esposa, Carole Leal, y dos hijos de su primer matrimonio. Y deja amigos en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos sintiendo que una parte vital de su mundo se ha roto. Fue una fuente incomparable de diversión y, sencillamente, el hombre más adorable que he conocido. ☺

*Stefan Collini es crítico literario y académico, profesor de Literatura Inglesa e Historia Intelectual de la Universidad de Cambridge. Este texto fue publicado el 22 de abril del 1999 en *The Guardian*.

Desde esta ribera del Cam vibrador, para Luis Castro Leiva

"No era activismo lo de Luis –era verdadero trabajo intelectual–, y verdadero interés por establecer conexiones entre las ideas de grandes pensadores –de donde sea que fuesen originarios– y las realidades que lo circundaban"

LEO ZAIBERT*

No tuve a Luis como maestro; no formalmente, al menos. Pero para un venezolano de mi generación era difícil no admirarlo profundamente, y no aprender de él, así fuese desde la distancia. Recuerdo claramente las ansias con las que esperaba sus semanales artículos en *El Diario de Caracas*. No estoy seguro, pero creo recordar que las columnas de Luis aparecían el mismo día que aquel buen periódico ofrecía también un suplemento con mujeres ataviadas en lo que ha devenido en la criollísima contraparte del liquilique: el hilo dental. Aquella yuxtaposición de nalgas e ideas capturaba bien el entorno de lo que uno medio inconscientemente intuía era nuestra democracia postrera, encaminada, junto con el país entero, hacia un terrible retroceso político. Rodeado de aquella decadencia política que me resultaba asfixiante, los textos de Luis me mostraban que la excelencia era posible: hablaban elocuentemente de la majestad del oficio de pensar, de la sobriedad

del trabajo intelectual, de la dignidad de la vida de la mente.

Acaso contribuyeron esas columnas de Luis a que decidiese abandonar mi incipiente carrera como abogado litigante en favor de una carrera académica. No lo sé. Lo que sí sé es que el destino me llevo a estudiar Filosofía en la Universidad Simón Bolívar, aunque apenas unos meses después me trasladase a los Estados Unidos, donde concluiría mis estudios. Después de doctorarme regresé a la Universidad Simón Bolívar, y durante un esplendoroso año fui colega de Luis. A pesar de su inconfundible bonhomía, compartir quehaceres académicos con un intelecto tan rutilante como el de Luis era intimidante. Relataré apenas una anécdota.

Fui nombrado presidente del jurado para una tesis doctoral que había sido tutorada por Luis. La tesis versaba sobre un tema relativamente lejano a mi área de experticia; además, yo era un absoluto novato en semejantes lides, y compartía el podio en aquella ocasión con colegas mucho más experimentados que yo. (Creo recordar que, además de Luis, los otros miembros del jurado eran Ezra Heymann y Dinu Garber). Siempre he sospechado que probablemente estaba yo más nervioso que el examinado; el hecho es que me preparé extensivamente para dicha defensa. Cuando me tocó hacer mis preguntas, pensé que no desentonaron, que fueron tan pertinentes y sensatas como las preguntas de mis colegas, para mi gran alivio. Pero eventualmente le tocó a Luis hacer sus preguntas y su intervención fue sobrecogedora. Sin arrogancia alguna, y de hecho generoso para con todos los presentes, Luis conectaba con inmensa profundidad y sabiduría algunos de los puntos desarrollados en la tesis con la realidad venezolana. La tesis era sobre Thomas Hobbes, así es que las conexiones que Luis establecía eran en lo absoluto obvias, y sin embargo fluían con una organicidad y una urgencia descolantes. La intervención de Luis no fue un mero

ejercicio académico, fue un ejercicio vital. No era activismo lo de Luis –era verdadero trabajo intelectual–, y verdadero interés por establecer conexiones entre las ideas de grandes pensadores –de donde sea que fuesen originarios– y las realidades que lo circundaban.

Aquel momento me enseñó mucho acerca de la seriedad y la madurez de lo que significa ser un pensador. Esa brumosa mañana en Sartenejas me cambió para siempre: nunca más me aproximé a un proyecto intelectual de la manera como lo había hecho antes de aquel encuentro. A pesar de que pocos meses después coincidí con Luis en Chicago, donde nos reunimos un par de veces, no llegué a comentarle acerca de cuánto me habían marcado tanto su intelecto en general como aquel episodio en particular. Quizás temía que mi confesión fuese percibida como adulancia. El caso es que su prematura muerte nos arrebató –tanto a mí como a Venezuela, y como al mundo en general– una voz brillante e ineludible. La muerte de Luis fue una pérdida descomunal para Venezuela.

El destino me ha traído ahora a Cambridge, esta mágica ciudad a la que Luis quiso tanto, y cuya legendaria universidad –el alma mater de Luis– es ahora mi empleadora. Dada mi propia biografía, mi apreciación de Cambridge se entremezcla con mi recuerdo de Luis y mi admiración por él. Pero aun cuando mi particular biografía pueda hacer de mí un caso especial, no soy solo yo quien tiene a Luis en mente. Me he topado con colegas en Cambridge que conocieron a Luis y me ha conmovido cómo, al surgir espontáneamente su nombre en alguna conversación, brota la inmensa y efusiva admiración que sienten por Luis, aún después de tantos años. Luis poseía sensibilidades particularmente venezolanas (las cuales quizás se volvieron más notorias con el transcurrir de su carrera), pero la extraordinaria calidad de su intelecto no conoció fronteras, por ello fue tan apreciado por propios y extraños.

Al poco tiempo de llegar a Cambridge, y adentrándome en las entrañas de la biblioteca central, conseguí la tesis doctoral de Luis (de 1975): *La noción de hecho: estudios sobre la historia del jurado inglés como una institución abocada al descubrimiento de los hechos*. Si contemplamos la terrible crisis de la verdad en la que estamos sumidos –una crisis que ha llevado a que el mero concepto de "hecho" sea visto con ingenio e incoherente (y peligroso) escepticismo– el título de la tesis de Luis es de una vigencia impactante. Pero el subtítulo de la tesis también es sorprendente, que Luis haya escogido como marco de su estudio una institución tan foránea como los jurados ingleses medievales es francamente osado. La destreza con la que Luis se empapó de fuentes inusuales y la exquisita manera en la que desplegó puntos de vista fecundos y de carácter universal, son realmente admirables. Es, como muchas de sus otras obras e intervenciones, un trabajo estremeceador: precoz pero sofisticado; ambicioso pero asequible. Es una tesis pura, seria, honesta, cabal. Vale la pena concluir mencionando también lo que la tesis no es: la tesis no es ni farandulera, ni un instrumento para congraciarse con otros, ni una ocasión para presumir erudición, ni un ejercicio fatuo. Dado lo tristemente comunes que estos vicios son en nuestro quehacer intelectual, su absoluta ausencia en la tesis de Luis –y en su trabajo todo– es aún más significativa y valiosa. Continuará Luis enseñándonos, de eso no cabe duda. ☺

*Leo Zaibert se desempeña como jefe (inaugural) de la cátedra de Teoría Penal y Ética en la Universidad de Cambridge. Anteriormente fue jefe de la cátedra de Filosofía, Derecho, y Humanidades en Union College (Nueva York). Conferencista y autor prolífico, ha sido becario de la *Alexander von Humboldt Stiftung* y del *National Endowment for the Humanities*, y profesor invitado en la Universidad de Ginebra, la Universidad de Oxford, y la Universidad de Toronto, entre otras.

HOMENAJE >> LUIS CASTRO LEIVA (1943-1999)

La Gran Colombia, una ilusión ilustrada

El texto que sigue es el prólogo aparecido en la primera edición de *La Gran Colombia, una ilusión ilustrada*, que Luis Castro Leiva publicó en 1985 (Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela)

GERMÁN CARRERA DAMAS

Luis Castro Leiva es capaz de pensar en nuevo lo que otros han trillado. Para mí, ese es el ámbito predilecto del pensamiento creador; me refiero a que puede hacernos ver como por primera vez lo que de tanto ser mirado ha terminado por perder su imagen, convertida su presunta captación en un no ver. Lo sabía de antes y lo corroboro con la lectura de esta obra.

Ha sido una preocupación de siempre el encontrarle al pensamiento de Simón Bolívar ubicación en el cuadro del pensamiento pretendidamente universal, vale decir, el euro-occidental. Para ello el procedimiento una y mil veces seguido ha sido el de rastrear y cotejar influencias, las cuales, confrontadas con las lecturas conocidas de Simón Bolívar, han dado pie para afirmar la existencia de un Bolívar rusoniano, de uno volteriano y de uno discípulo de Montesquieu, y puede ser que algún día dejen entrever la de un Bolívar bolivariano, a lo que apunta esta obra. Esta suerte de paleontología filosófica puede ser más o menos fácil; todo depende de lo convincente que resulte la articulación de las piezas, y de la justa inserción de lo reconstituido en la cadena evolutiva del pensamiento. El autor de esta obra no articula las piezas; toma el camino más difícil, es decir, las trasciende en una proyección en la cual la idea referida no necesita ser dibujada en lo histórico-episódico para ganar concreción, si bien algunas veces lo hace, como para recordarle al lector (se lo oí decir una vez y no permitiré que lo olvide) que él es antes que nada un historiador.

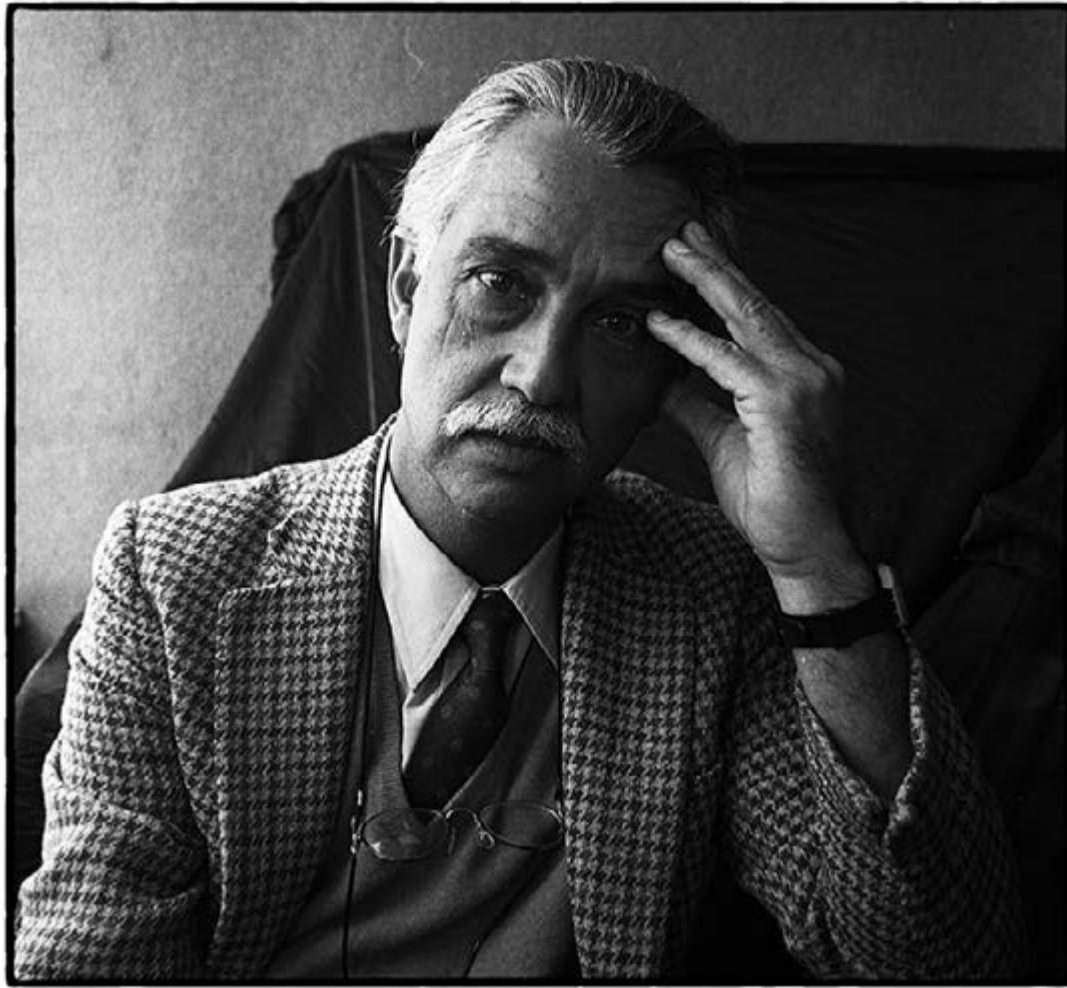
Es cierto que en un nivel de análisis puede afirmarse que los problemas encarados por Simón Bolívar en el plano de los modelos políticos fueron, esencialmente, los mismos enfrentados por cualesquiera de los otros hacedores de Estado anteriores a él y coetáneos. Una especie de reduccionismo en retroceso –pues estaría referido al origen y no a la meta de la acción política teórico-práctica– le daría base a esa afirmación.

Pero no es menos cierto que, en momentos cruciales, Simón Bolívar se amparó en la, a su juicio, casi evidente especificidad de la situación concreta, cuando ello le sirvió para combatir la voluntad de invocar modelos eficaces cuya virtud, sin embargo, él no admitía, o que eran reivindicados por quienes de alguna manera contrariaban su voluntad política o intentaban sustraerse de ella.

¿Expresaría esto una de esas “contradicciones” que hacen temblar a quienes falsifican a Bolívar unciéndolo a una verdad nunca omitida siquiera, o a una sinceridad y consecuencia absolutas, incompatibles, por definición, con el ejercicio de la política? ¿Significaría esto que para Simón Bolívar, alternativamente, la racionalidad de los modelos ganaba o perdía fuerza, no ya según las circunstancias, lo cual nada tendría de objetable, sino de acuerdo con sus aspiraciones políticas, como podría sucederle a cualquier político que no fuese El Libertador?

Tal parece que sería necesario valorar casuísticamente, y ello solo sería posible mediante el estudio crítico de la circunstancia histórica, es decir, no mediante la masticación crítica del pensamiento expresado en sí mismo, sino del traicionado en la acción (no se olvide que habla de acción política). Por supuesto, el autor seguramente objetaría diciendo que el pensamiento es ya la acción, en la medida en que la palabra es ya la cosa; a lo que yo replico, atrincherándome en mi nostálgico materialismo histórico, con un rotundo no, que ya no estoy seguro de poder fundamentar.

Cuando Simón Bolívar quiso hablar para la historia, lo hizo con el lenguaje de los grandes modelos racionales, refiriéndolos siempre a la moral. ¿No fue esto propio de la conciencia dieciochesca? Para esta, la racionalidad de la historia estaría dada, esencialmente, por la racionalidad de la acción –contenida en el pensamiento que la rige–, y el criterio final para apreciar esa racionalidad no podía ser la correspondencia de la acción con lo real, tam-



LUIS CASTRO LEIVA / ©VASCO SZINETAR

co su oportunidad, ni siquiera su eficacia, sino que derivaba de un resultado esperado, el cual trascendía lo real causal y cuya justificación era esencialmente moral.

De esta manera, el acto político se justificaría volviéndose no necesario. Por consiguiente, el poder se ejercería sobre los hombros con la única justificación moral posible: lograr que ellos hagan innecesario el ejercicio de ese poder. Pero, ¿era otro el punto de vista del general Juan Vicente Gómez?

En el plano de las formas sociopolíticas es donde se expresa con mayor vigor, sin embargo, la creatividad intelectual de Simón Bolívar. Su actuación en ese campo conjuga el conocimiento del pensamiento teórico-político fundamental y más avanzado de su tiempo (tengase presente que se trata del siglo XVIII), con una percepción realista del acontecer histórico concreto (por ejemplo, para Simón Bolívar, el pueblo, en el sentido moderno de masas populares, jamás fue una abstracción). Este es un hecho, pero lo es también el que entre ambos polos de la creatividad se situaba una especie de filtro, es decir, la racionalidad ética, esencialmente axiológica: si bien la libertad significaba salir de la opresión, y por lo mismo sustraerse a la arbitrariedad del despotismo absolutista, ella no era un estado que se justificara con su sola existencia. Únicamente adquiriría sentido la libertad en la medida en que condujese hacia una sociedad de hombres felices (recuérdese que Simón Bolívar lo dijo en Angostura: “El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política...”), y la felicidad, por definición, no podía alcanzarse sino en el reino de la virtud –de las virtudes republicanas, en este caso. Es decir, el desenlace natural de la acción política no podría ser sino el logro moral, y la moral solo podría ser racional.

Esta visión de la sociedad y de la política, arreglada según modelos asentados en la racionalidad de la virtud, así como en la virtud de la razón, imponía, necesariamente, la preeminencia del modelo respecto de la realidad –por lo mismo autorizaba a manipular esta para hacerla cuadrar con la primera–, pero determinaba también que el criterio de valoración de la acción política concreta no pudiera ser, como he dicho, ni su correspondencia con lo real ni su eficacia –medida igualmente en función de lo real–, sino la capacidad estimada de la acción política de contribuir al logro de la racionalidad perseguida. Es en este contexto lógico como puede entenderse el aval que Simón Bolívar le dio a José Antonio Páez en 1827, y el cual tanta consternación causó a los liberales colombianos: el ejercicio absoluto y discrecional del poder por el llanero (¿en qué podía diferenciarse de aquel contra el cual se había luchado, o del que hacía retroceder espantada la conciencia de Simón Bolívar cuando se le invitaba a practicarlo personalmente para salvar a Colombia?) era en esencia un camino obligado para la razón y, por lo mismo, para la moral. Pero ¿es que, en verdad, no hubo contradicción entre la conciencia que avaló el despotismo de José Antonio Páez y la que dijo sentirse abrumada al consentir ejercerlo en 1828?

Esta relación entre la racionalidad y la moralidad, así como la captación de lo real mediante modelos absolutos, por ser perfectos en su racionalidad y en su moralidad, es lo que hizo a Simón Bolívar esencialmente inhábil para entender, para aprehender, el hecho nacional. Le resultó holgado luchar por la libertad y la felicidad del hombre (su permeabilidad al siglo XIX llegó hasta sustituir hombre por pueblos, pero solo mediando la abstracción de voluntad general), y sobre esta base pudo y supo concebir arquitecturas de la razón y la moral. Pero la nación es de otra naturaleza: es pertenencia, ni siquiera es opción. Es decir, asumir la nación significa adoptar como criterio de lo real algo dado, algo que es perfecto en su génesis aunque sea perfectible en su existencia y que está, por lo mismo, sujeto a una racionalidad propia –del

“

Cuando Simón Bolívar quiso hablar para la historia, lo hizo con el lenguaje de los grandes modelos racionales”



SIMÓN BOLÍVAR (1823 – 1825) – JOSÉ GIL DE CASTRO / MUSEO DE ARTE DE LIMA

mismo orden de la que rige para las herencias in solidum–, en el cual es la existencia el criterio de lo racional, y no quita el sueño ningún alejamiento respecto de un modelo (para esto pueden construirse explicaciones y teorías). Por eso José Antonio Páez asumió la nación, mientras Simón Bolívar hizo suya la emancipación. Al luchar por esta, Simón Bolívar suponía que con ella advendría al reino de la razón y de la moral; al asumir la nación, José Antonio Páez permaneció en el ámbito de su razón y de su moral. Por eso, mientras Simón Bolívar fue hombre del siglo XVIII, José Antonio Páez lo fue del XIX.

Lo antes dicho obliga a reflexionar sobre el hecho de que, para una cierta postura histórico-política venezolana, los papeles históricos están asignados de esta manera: Simón Bolívar fue el creador de la Independencia, José Antonio Páez el de la nacionalidad. Esta asignación de papeles históricos no luce, de ninguna manera, desprovista de fundamento (tiene además la ventaja de ayudarnos a superar el trauma causado por la negación de El Libertador-padre-creador), aunque se suele abrumarla con el peso de la nostalgia-búsqueda de la Gran Colombia, por obra del culto heroico y de una expectativa de unidad latinoamericana.

Y gana solidez esta asignación de papeles históricos si se admite que en la visión política de Simón Bolívar lo determinante fue una perspectiva dieciochesca, en el sentido de considerar –¿vivir?– la lucha por la Independencia como un enfrentamiento de grandes fuerzas: la libertad y la tiranía, la independencia y la servidumbre, la justicia y la arbitrariedad, la fraternidad y la desconianza, cuya concreción ocurría en un plano más alto que el de las circunstancias específicas, ya estuviesen estas referidas a áreas muy limitadas, ya lo estuviesen en áreas que, aunque extensas, eran siempre y solo parte de la totalidad. De allí una postura mesiánica que terminaba por desvincularse de lo real inmediato. Por eso Simón Bolívar ha prevalecido como el arquitecto inspirador del deber ser. Por su parte, la actitud de los hombres como José Antonio Páez, aunque se les ha tildado de localistas limitados, era más compatible con el nacionalismo naciente, en el sentido de que en algún grado se correspondía con el contenido de especificidad de tal nacionalismo. De allí la falsedad de la pretendida antinomia entre regionalismo y nacionalismo.

Por eso, también, mueve a risa el ver que algunos intérpretes de la historia de Venezuela, al contraponer a Simón Bolívar y a José Antonio Páez con motivo del destino de Colombia, figuran el enfrentamiento de la persuasión con la fuerza, de la racionalidad con la estupidez, por no decir de la luz con la sombra. Para ello olvidan convenientemente que, como he dicho, en el momento crítico de 1827, Simón Bolívar avaló a José Antonio Páez, y no resignadamente sino dándole ejemplo y consejo para que fuese cada vez más como ya era. Pierden convenientemente de vista, también, y esto es lo más importante, que la formación ideológica de José Antonio Páez no fue, como la de Simón Bolívar, previa a los acontecimientos que compartieron, sino que se produjo en el transcurso de los mismos, y que estos, si bien nacieron bajo la égida del siglo XVIII, se acomodaron rápidamente al ámbito del nuevo pensamiento en formación, es decir, al del siglo XIX, en el cual la nación se volvió la piedra angular de un edificio sociopolítico que hasta entonces había reposado en Dios, por mediación de su voluntad expresada en el Rey. En suma: Simón Bolívar fue a la lucha para conquistar la Independencia y construir la libertad, entendida como apogeo de la racionalidad-moralidad; José Antonio Páez fue a la lucha por motivos que se ignoran, pero salió de ella pertrechado con una terca conciencia nacional.

Ha sido fácil ver en esta actitud de José Antonio Páez una especie de “macro-regionalismo”, al pretenderse que él no hacía sino proyectar sobre el país-nación su conciencia, formada a la escala de San Fernando de Apure en 1808, pero esta es una explicación inspirada por la contraposición arriba indicada, que está dominada también por una atribución incorrecta de la nacionalidad como ámbito de realización del pensamiento de Simón Bolívar.

Simón Bolívar fue, en primer lugar, caraqueño (la dimensión de lo real-racional), y, en segundo lugar, colombiano (la dimensión de lo ideal-racional). Por eso Colombia fue una república de un solo ciudadano, y por llamarse Simón Bolívar ese ciudadano, la búsqueda constante de Colombia, tan agudamente percibida por Luis Castro Leiva como el drama de la razón política ilustrada de nuestro continente, es, al menos para los venezolanos, uno más de los caminos de retorno a un Bolívar del cual, sin embargo, no hemos salido. ☉

HOMENAJE >> LUIS CASTRO LEIVA (1943-1999)

Muerte en Palacio o los espejos de la conciencia

El artículo que sigue fue publicado en la revista *SIC*, en la edición de marzo de 1992. En una nota al pie del mismo, se lee: "Este artículo del Prof. Luis Castro Leiva fue vetado por la censura en *El Diario de Caracas*. El espacio correspondiente apareció en blanco con solo el título y el nombre del autor, el día 20 de febrero. N de la R"

LUÍS CASTRO LEIVA

"**Edipo:** ¿Qué es eso? ¿Sabeslo y te callas, y maquinas una traición y la ruina de la ciudad? / **Tiresias:** Yo no quiero afligir a nadie, ni a ti ni a mí. ¿Por qué me acosas con vanas preguntas? De mí no has de saberlo... / **Edipo:** No, no puedo decir que lo sé; dílo otra vez. **Tiresias:** Digo, pues, que tú eres el asesino que andas buscando. / **Edipo:** A fe que no has de gloriarte de pronunciar dos veces tal insulto. / **Tiresias:** ¿Quieres que siga diciendo, para que tú sigas rabiando? / **Edipo:** Lo que te venga en talante, todo será vana palabrería. / **Tiresias:** Digo que, aunque no lo creas, vives en vergonzoso consorcio con los tuyos y que nos ves los males en que vives. / **Edipo:** Pero ¿piensas tú poder seguir hablando así, sin pagarlo? **Tiresias:** Sí, si es cierto que la verdad tiene algún poder. / **Edipo:** Si que lo tiene, pero no para ti; para ti no cegatón, tan tapiado de ojos como de oídos y de entendimiento / **Tiresias:** ¿Qué desdichado eres! Profiriendo estos insultos que muy pronto han de acumular sobre ti todos los presentes, sin faltar uno / **Edipo:** Vives envuelto en negra noche; no atinará tu golpe ni conmigo ni con nadie que tenga ojos. / **Tiresias:** No soy el llamado a darte el golpe; recursos tiene Apolo, a quien está confiado todo esto".

Sófocles-Edipo Rey

Se hace tarde, vence la fatiga. Coge su camino la tragedia. Cada quien toma asiento en el destino. Unos lo conocen, otros no. La fatalidad avara. Nadie conoce la fortuna. Nos dividimos. Nuestras mentes dispuestas para guerrear, reina la discordia. Unos creen todo perdido, otros creemos en lo que no se puede ni debe perder, aunque no se crea ya en ello del mismo modo. Todo se revolucionaria. Mi mente en guerra consigo misma. Defendí lealtad estoica; no se lo debo a quienes pretenden representarla, menos a quienes intentan asaltarla. Debo obediencia tan severa solo al deber de la libertad, al combate por la razón en la historia.

Una mosca en la reflexión

Llaman a la reflexión. Me lo impide una mosca. La mosca molesta, la imagino afanosa. Recorre la tibieza a través de una frialdad que avanza en la mañana. Chupa restos de humedad, los del azúcar de un cuerpo. Loca, la mosca camina por encima de las comisuras de una boca; está entreabierta. Es la del soldado-niño muerto. La leyenda de la última página de este *Diario* (martes 4-2-92) dice que ese cadáver fue cuerpo leal. Lo creo. ¿Acaso lo sé? Nada se sabe bien, salvo dos cosas: la fuerza no debe pasar, hay que pensar.

Debo diferenciar. Se me conmina a discernir entre el valor de la idea de forma de gobierno y el significado de su historia, entre derecho y hecho. Clara opción: todo bolivarianismo, incluyendo el del Libertador, conduce a la negación de la libertad moderna. Pero, me digo, cuidado con confundir el plano de los principios con el de las cosas. Debo atender al mismo tiempo la conducta de los hombres que encarnan a las ideas y el comportamiento de las ideas que encarnan a los hombres. Sobre todo ahora. Es sobre esta base que cifro esperanzas de volver a votar. Algo anda mal en el llamado a la reflexión. Invita a la desencarnación moral: que las ideas y los hombres pueden vivir separadamente. Detengo mi cavilar. Obsesionado vuelvo mi mirada hacia el icono del muchacho muerto. Ahí está. Tendido yace sobre la mesa de mi desayuno, al lado derecho de la taza de mi café. Siento ganas de vomitar. No puedo comer, no lo debo hacer. ¿Cómo partir pan mientras velo su cadáver? Penitencia breve. Su cabeza reposa al



INTENTO DE GOLPE DE ESTADO DEL 4 DE FEBRERO DE 1992 / ARCHIVO EL NACIONAL

aire del precipicio de una acera. Desafía el vacío sobre la almohada de su casco. Se durmió el carajito, me digo; un tiro le mató la cara. No puedo ver su rostro. Pienso en Luis, en Juan, en hijos, alumnos, amigos. Pienso mal, carajo; ninguno de ellos hace servicio militar. Ese servicio lo prestan los de otra clase. La vergüenza y el dolor se amarran a la garganta. Una arrechera me entra por dentro. Quiero saber quién y cuáles ideas mataron a ese soldadito. Quiero saberlo con toda la minucia de sus sutilezas. Detengo la ira, necesito ver bien la foto. Un hilo de sangre obscurece su sien; la foto no dice todo. Es abstracta en su elocuencia. No dice su nombre, su lugar de nacimiento, su hogar, su paga, menos el de su familia. Un miembro de la clase "D" del rating. Debajo de su cara dormida un charco de sangre: irregular, un mapa breve, rojo. Parece el Golfo de Venezuela. La sombra de su sueño duerme. La mano izquierda no pide nada; está casi abierta, descansa. El joven oficial llegó cansado a mi casa. Patrullaba la vigilia de la lealtad. Entró trajeado de combate. Le di café. Hablamos. Lo veo como hijo. También veo en la historia a su padre guasinerio, a mi padre el comandante, a Delgado, a los jóvenes turcos que acompañaron a Betancourt. La conversación es entrecortada. La pica en pedazos la urgencia, la fatiga, el desvelo. He aprendido a comprender la lealtad de sus convicciones. Me gusta su mente, la prefiero a la de muchos generales. Admiro su inteligencia vivaz. Narra los términos de una conversación: "Chávez, dame el brazalete", le preguntó el oficial a su prisionero, me cuenta. Esos dos tenían de por medio el afecto de una ironía histórica, comenta. Sus abuelos se habían opuesto; ahora es Chávez el de la familia prisionera. La historia de Polibio observa a la república dar vueltas en su eterna revolución moral. "Te lo entregaré cuando me cierres la llave del calabozo en el San Carlos", dicen que contestó el oficial rebelde. Entonces se hizo silencio. Cuenta mi narrador. No se dijeron más nada. Guardo respeto grave ante lo que escucho. Es compleja la historia de la lealtad. Reparte papeles sin consultar actores. Mi visitante se prepara para irse. Nos vemos a los ojos, hablamos sin hablar. Lo veo salir. Busca el sentido de su deber con la lealtad que defiende, le costará el estoicismo de De Vigny para sobrellevarlo. La libertad descansa sobre ese oficial y su general, no sobre Chávez...

El espejo roto

Los espejos son importantes. Reflejan todo, cosas, imágenes, ilusión de certeza. No es buen agüero romper espejo, tampoco cristales. La filosofía política moderna prefirió el espejo al candil medieval o renacentista para hacer metáfora de la idea de conciencia. Pero pienso en *El ensayo sobre la Ley Natural* de Locke; allí la vela ilumina la conciencia; no, la vela es la conciencia y esa la ley natural. El espejo crea la ilusión de que conocer la realidad es reflejar la mente. Qué raro es pensar con la certeza de Descartes; es más natural hacerlo como Locke: empezar por la experiencia. La certeza del espejo embruja. Pero conocer, la actividad preferida de la reflexión, no es cosa de espejos. Es falso creer que uno conoce de modo cierto el cono-

cimiento, menos en política. Los hombres que tienen más certeza en sus cabezas son los que menos ven. Todo cambia en una "ciudad". Solo lo probable se puede conocer más o menos en el dominio de las acciones y pasiones humanas. En política siempre ha sido así desde Aristóteles. *Speculum mentis*, repito en silencio. ¿Tendrá el presidente un espejo en la conciencia? No, el presidente tiene una bala en su espejo de Miraflores. Todos vimos el hueco. Beata la cámara fue atraída por ese espejo roto. Un imán para el ojo inconsciente que todo lo ve. Atracción fatal del símbolo del poder herido. Imagen desgarrada. La majestad del poder civil sangra o está en otra parte...

Hay que decirlo; solo se puede ser libre si se piensa. Lo repito pausado: la majestad del poder del primer magistrado de la república deja de ser ante nuestros ojos, en TV. Ese es el asesinato, el que se cometió, el peor. Retomo la arrechera que siento al recordar al niño muerto. Contésteme los que desfilaron por Venecia: ¿qué valor tiene para un espejo moral una idea de majestad del poder que se piensa asesinable en una república? ¿A qué estado ha llegado la república para que eso sea concebible y practicable, más aún, para muchos aceptable? ¿Pueden quienes han conducido esta república a esto exigir que debemos pensar en una lealtad que aplase las sutilezas para después? Sí y no. Si comienzo a reflexionar es deber seguir. La libertad de pensamiento no se construye desde la TV...

Sr. presidente, no deseo ni he deseado su muerte. Me satisface que Ud. y su familia estén bien, a salvo. Pero escuché decir, al menos con respecto a Ud., todo lo contrario. No doy salves a la muerte. Defendí desde donde pude mi sentido de la lealtad a mi modo de comprender la libertad. Pero estoy obligado a hacer saber cómo un proceso de anomía y otro de anarquía, iniciados y prolongados desde su primera presidencia, nos han conducido a esto: a que mis

hijos, quienes nunca soñaron con la posibilidad dictatorial, tengan ahora que confrontar el peligro de ese recurso "republicano" bajo la conducción política de su segundo mandato. ¿Acaso ve el valor que tiene esa majestad a la luz del espejo roto de su Palacio?

Se acabó el sortilegio. La legalidad y la legitimidad del actual sistema político y la filosofía de las costumbres que lo sustentan languidecen. La primera existe como forma inconclusa, acaso no existe; la segunda se refracta en pedazos; la tercera llega hasta justificar a Chávez y el magnicidio. Las conciencias divididas alcanzan el estado de discordia civil. Toda voluntad constituyente se respeta hasta el límite de su credibilidad moral colectiva. Su renovación depende de la fidelidad del sistema a la calidad moral de esa primera voluntad, también a la fuerza de los intereses que la afirmen o la contraríen. Llegar otra vez a votar en condición apenas necesaria no suficiente para existir en democracia. El voto, que ha llegado a ser mercancía, gracias a la TV y su oligarquía, no es solo hábito de motivación causal. Es sobre todo o era un modo de expresar libremente una esperanza moral en nuestra adhesión a una república; un acto soñado como autónomo, libre y deliberado. No soy ni quiero ser hobbesiano, no creo en la fuerza. Pero su idea de mercado, ciudadano Pérez, ha llamado a su Pinochet y Ud. no es Betancourt. Doy mi lealtad sin poder confiar en la renovación de la representación de la libertad que bajo su conducción se ha prostituido. Esta es la tragedia de mi ironía: la lealtad o la adhesión a la libertad no es solo un acto de fe, implica otro de conocimiento. Amar a la república, como pensamos algunos, presupone la posibilidad de alguna relación con la práctica de la virtud pública. Quizás la virtud y lo público sean ya en el mundo imposibles en democracia; pero si al vicio añade Ud. la injusticia y la desigualdad no hay lugar para obedecer, ni a Ud. ni a nadie.

Interludio

La tragedia está escrita, se adapta. La TV volverá a inundar con la alegría de sus merengues cívicos su soez programación normal. Indecisa reinará la paz. La tragedia sigue. Prepara la utilería. Cada actor asume la división. Nos opondremos los amigos a los amigos, nada parece impedir este desenlace. Una cosa tengo clara. Esa sí que es la hora de las sutilezas, no la de endosos dictados por el miedo. Nadie puede obligar a nadie a solicitar lealtades para lo que no entiende, para lo que no sabe cómo justificar. Hay que pensar, mucho y bien. El único por condenar a Chávez condena también a la libertad de pensar. Ambas posturas, el bolivarianismo lacónico o no, así como el miedo a pensar por obra del miedo, hacen coro a los mismos ofiantes de la muerte. Se hace tarde.

Edipo Rey y sus adeptos no ven; no escuchan la voz de los ciegos. Oigan para que puedan ver; en la asamblea un orador... ☉

(Este artículo del Prof. Luis Castro Leiva fue vetado por la censura en *El Diario de Caracas*. El espacio correspondiente apareció en blanco con solo el título y el nombre del autor, el día 20 de febrero. N de la R.)

“
Se acabó el sortilegio.
La legalidad y la legitimidad del actual sistema político y la filosofía de las costumbres que lo sustentan languidecen”

ENSAYO >> LIBRERÍA CEDICE

Las cosas que no son del César

El pasado 12 de enero falleció el historiador, periodista y escritor Paul Johnson (1928-2023), autor de biografías de Sócrates, Darwin, Napoleón o Churchill, y macro historias sobre el cristianismo, los judíos o Estados Unidos. El texto que sigue es una conferencia, en la que cuestiona el exceso de las funciones del Estado. La misma está disponible en la página web de Cedice

PAUL JOHNSON

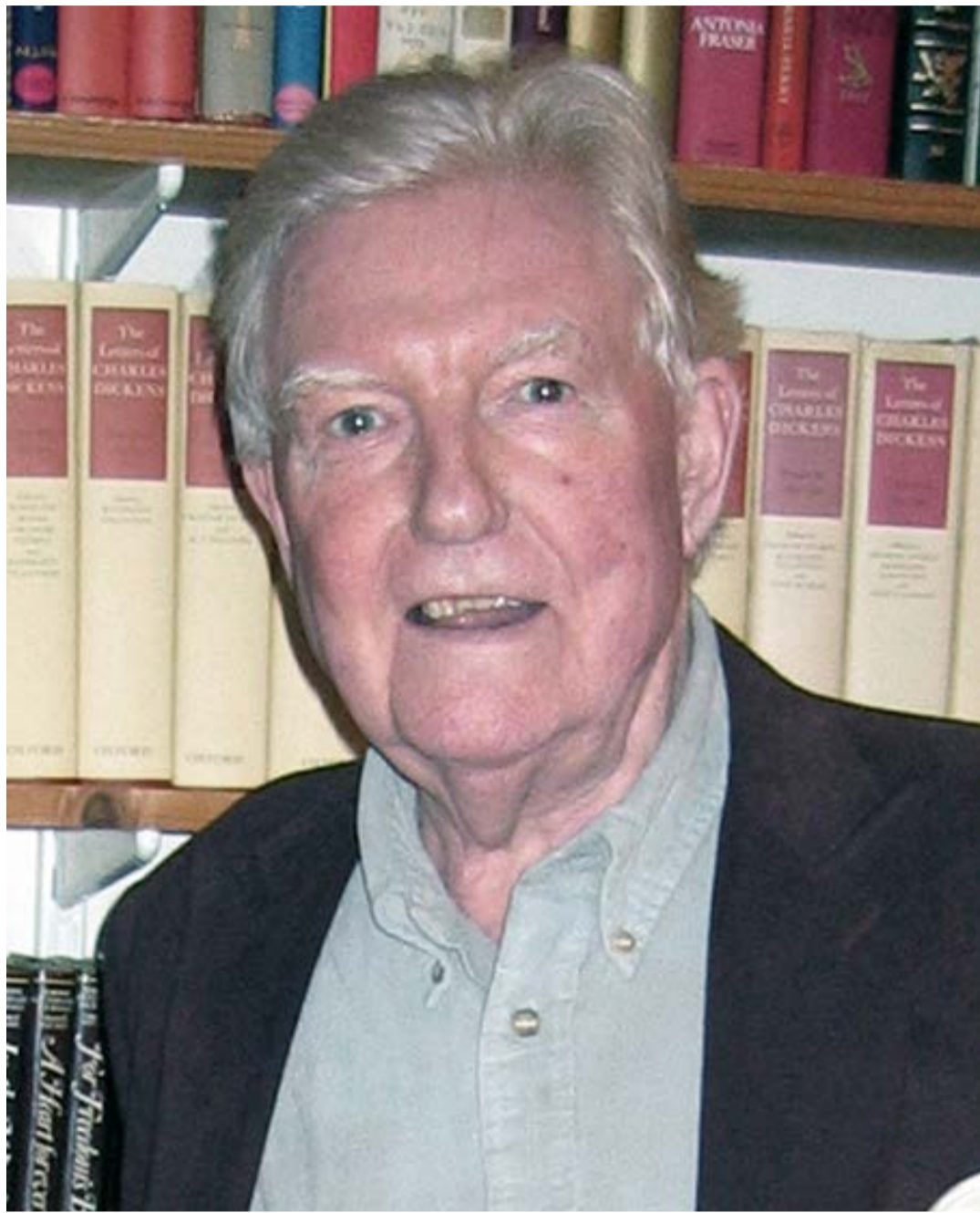
Esta noche voy a hablarles durante treinta minutos acerca de lo que es quizás el tema de actualidad más importante y posiblemente el más complejo. ¿Cuál es la relación correcta entre el Estado y la sociedad en general? O, más precisamente, ¿cuán grande debe ser el gobierno? ¿Y qué debe hacer? Permítanme meterme de lleno en este problema de inmediato, al enunciar las tres actividades esenciales del gobierno: tres actividades que no serían cuestionadas sino por un anarquista. En primer lugar, el Estado tiene la obligación absoluta de proteger la integridad territorial y política de un país. En segundo término, debe mantener el orden interno y administrar la justicia en forma imparcial entre sus ciudadanos. Por último, debe emitir y mantener una moneda legal.

Es aquí donde comienza la discusión, además de estas tres cuestiones básicas, ¿qué más debe hacer el Estado?

Inmediatamente nos encontramos con una creencia ampliamente sostenida y profundamente equivocada: que el Estado, desde su comienzo hasta hoy en día, ha paulatina y sistemáticamente aumentado sus funciones; que la ampliación del alcance gubernamental, es en sí mismo, un avance del avance intelectual y progreso moral.

Nada podría apartarse más de la verdad histórica. Los primeros estados fueron totalitarios. En el primero de ellos, Egipto, la monarquía teocrática controlaba todo el comercio a grandes distancias y manufactura a gran escala. Tres mil años antes de Cristo, contaba con una burocracia, la cual defendía firmemente sus intereses. A un burócrata en entrenamiento se le enseñaba lo siguiente: "Poned la escritura en tu corazón a fin de que podáis proteger vuestra persona de cualquier tipo de labor y ser un respetado oficial". El código de Hammurabi, el primer código judicial, de 2100 a. C., contiene no menos de 17 disposiciones en las cuales se fijan salarios y precios. Ahora, que gracias al desciframiento de la escritura Lineal-B, podemos examinar los voluminosos archivos estatales de las ciudades de la época micénica en Grecia, nos preguntamos cómo una base agrícola y comercial tan reducida podía soportar tal prodigiosa superestructura burocrática. Pero la respuesta es, por supuesto, que eventualmente no pudo seguir haciéndolo. Las sociedades de la antigüedad a menudo fueron destruidas por el crecimiento del Estado y sus parásitos. Los imperios de Grecia y Roma fueron la creación de un nuevo espíritu de iniciativa individual, y fue precisamente la extinción de dicho espíritu a causa del crecimiento burocrático, lo que condujo a la decadencia. Esta decadencia ya había comenzado para la época en la cual el emperador Diocleciano emitió su famoso edicto para controlar los salarios y precios. Bizancio, sucesora de Roma, fue el Estado burocrático *par excellence*, en el cual el gobierno tenía un monopolio de toda la industria y el comercio; Bizancio fue destruida eventualmente, no por las armas de los turcos otomanos, sino por la competencia de Venecia y su libre empresa.

Durante todas las épocas, el Estado monstruo ha estado asociado a nociones arcaicas y es, en última instancia, el progenitor de la decadencia económica y la ruina militar. No conozco ninguna excepción histórica a dicha regla. En sentido contrario, el crecimiento del individualismo posesivo, a expensas del Estado, siempre ha estado asociado con el progreso económico. No es fortuito que la Revolución industrial, surgida en Inglaterra durante la década de 1760, tuviera lugar en un ambiente de Estado reducido a su mínima



OFICINA DE LA SECRETARÍA. LA SECRETARIA, ELAINE CHAO, SE ENCUENTRA CON PAUL JOHNSON EN UN VIAJE A LONDRES (IMAGEN RECORTADA) / ALAN DAVIDSON - NATIONAL ARCHIVES CATALOG

expresión, cuando el gobierno se limitaba en gran parte a cumplir con sus tres funciones básicas. El advenimiento del capitalismo industrial, no solo el evento más importante en la historia seglar, sino el más beneficioso, no tuvo lugar gracias al Estado, sino a pesar de sí mismo; su difusión a nivel mundial se hizo posible en gran parte por el retiro del gobierno de los asuntos económicos. Durante el siglo XIX en todos los países en vías de industrialización, el gasto público, como proporción del producto territorial bruto, decayó sostenidamente. En Gran Bretaña, por ejemplo, durante los sesenta años entre 1830 y 1890 –el período más prolongado de mejora en los niveles de vida en la historia británica– el gasto público como proporción del PTB bajó de 15 a 8 por ciento. En Estados Unidos, las cifras resultan aún más impactantes. Hasta 1914, el PTB norteamericano se expandía cerca de cuatro veces más rápidamente que el gobierno. El Estado sencillamente realizaba el papel de vigilante. En la época de Lincoln y Gladstone, el estado "mínimo" fue considerado un elemento vital en la marejada del progreso, ya que se asociaba –correctamente– no solo con el avance económico del individuo, sino también con su creciente libertad.

De hecho, ningún estudiante de historia puede dudar de que, a la larga, la humanidad se enrumbaba hacia una mayor libertad individual. Hemos cambiado progresivamente desde las comunidades colectivistas de la antigüedad a sociedades en las cuales se admite la singularidad del individuo, por lo menos en teoría, y la universalidad de los Derechos Humanos recibe un reconocimiento formal. Son pocos quienes hoy en día niegan los derechos del hombre: virtualmente, todos concuerdan, como una verdad innegable, que la libertad es un bien común. Así como la hipocresía es el tributo que el vicio paga a la virtud, así, las constituciones, en las cuales se sancionan los Derechos Humanos, son el homenaje que las tiranías más obstinadas y prolongadas se sienten en la obligación de posar a los pies de la libertad. Hasta el déspota africano más depravado cuenta con algún certificado utópico para brindarle a su régimen una legitimidad espuria, mientras la Unión Soviética, el sistema gubernamental más autoritario y restrictivo jamás creado, hace alarde de una constitución de ejemplar benevolencia.

Por supuesto, estos documentos son fraudulentos. ¿Quién puede sostener honestamente que la libertad humana se ha ampliado durante el presente siglo? Dos horribles guerras mundiales, en las cuales la alta y liberal civilización de Europa y el mundo occidental estuvieron muy cerca de cometer suicidio, han opacado nuestra sensibilidad y corrompido nuestro instinto por la justicia. Lo que resulta peor aún, estas guerras generaron algo retrógrado: el Estado moderno al estilo Frankenstein. Los gobiernos han desarrollado no solo formas sin precedentes para destruir;

sino nuevos instrumentos de opresión y nuevas formas de mentir. En todas partes del mundo, el Estado se ha atiborrado de las novelías perversas disponibles constantemente, gracias a la ingeniosidad humana. El Estado ha sido el principal beneficiario de nuestros horrores del siglo XX. Ciertamente, queda en pie solo uno de los viejos imperios: pero los estados que los han reemplazado han adoptado ansiosamente, y estimulado fanáticamente todos los vicios imperialistas, sobre todo el militarismo y la burocracia, mientras abandonaron sus virtudes, en particular, el respeto por el imperio de la ley, virtud que el imperialismo en algunos momentos poseyó. En todos estos estados, el gobierno se ha vuelto ubicuo y amenazante, mentiroso y corrupto, y en consecuencia, arbitrario y destructor de la felicidad y la propiedad privadas. En cuanto al último y menos liberal de los imperios, Rusia, se muestra ruda y brutal: amplió considerablemente sus fronteras, expande continuamente sus esferas de influencia, se apertrecha sin cesar y, dentro de sus entrañas totalitarias, furtivamente engendra el organismo cada vez más grande del terror policial.

Algo que resulta aún más perturbador es incluso, en las democracias liberales de la tradición occidental, el Estado Frankenstein ha logrado atrincherarse. Está vivo, goza de buena salud, habita entre nosotros, estirando los músculos y mirando con confianza y con un apetito insaciable hacia un futuro lleno de crecimiento y consumo. El monstruo está libre por doquier en Europa occidental; y en Estados Unidos es el último inmigrante. El más valiente e insolente que haya llegado hasta sus orillas.

Si me detengo un poco más en la experiencia británica, ello se debe parcialmente a que en Gran Bretaña, el Estado Frankenstein ha hecho el mayor y más evidente daño, pero sobre todo, porque detecto señales inequívocas de que todos los aspectos de la enfermedad británica se están diseminando hacia Estados Unidos. Puedo asegurarles que dondequiera que ustedes se dirijan, ya nosotros estuvimos allí. Aprendan de nuestra amarga experiencia. A nosotros se nos advirtió, pero fue en vano. En 1861, cuando Gladstone creó el Comité de Contabilidad Pública, como un vigilante parlamentario del crecimiento gubernamental, él advirtió: "Un exceso de gasto público, más allá de las necesidades legítimas del país, no solo es un derroche pecuniario, sino también un mal político y sobre todo, moral. Y resulta característico de las travesuras surgidas de la prodigalidad financiera, que estas persisten con un paso sigiloso y saludable y que normalmente no son percibidas ni sentidas, hasta tanto hayan alcanzado una abrumadora magnitud".

Dicha advertencia desatendida probó ser justificada plenamente. Año tras año, nosotros en Gran Bretaña hemos ido entregando cada vez mayor número de responsabilidades al Estado. Parafra-

seando a la Biblia: "hemos rendido al César las cosas que no son del César". En la época de Gladstone, el Gobierno británico empleaba solo 75.000 personas, la mayoría de ellas en las aduanas y correos. En el departamento central del gobierno civil había solo 1.628 funcionarios. Para 1974 había casi un millón de ellos y había más de 8 millones de empleados en el sector público en su totalidad: 27 por ciento de la población laboral. Para el momento en el cual la opinión pública se percató de la magnitud del aumento en el gasto público, durante los últimos dos años, este se había convertido en lo que podría describirse como 8 por ciento el PTB en el gobierno. Para 1974, dicha cifra había alcanzado casi 50% y continuaba su curva ascendente.

Para este momento, ya se había perdido todo sentimiento racional en cuanto a lo que debía o no hacer el gobierno. Hacía –y continúa haciendo– un poquito de todo. Un empleado público en un escalafón intermedio, al asumir sus nuevas responsabilidades descubrió que en su área los empleados gubernamentales le estaban trabajando en un foso de arenilla, un aserradero, un centro de diseño de letreros, un servicio para barrer las calles, viveros, un acueducto y una empresa de mantenimiento de máquinas. Los elementos de este pequeño imperio tenían una sola cosa en común: todos eran "totalmente antieconómicos". En cada caso escribí, "podíamos comprar los mismos servicios o productos en otra parte, por una fracción del costo, aún sin tomar en cuenta la inversión de capital escondida".

Este patrón se repite, a una escala descomunal, a nivel nacional. Para mediados del año pasado, el gobierno británico era dueño, total o parcial, de 1.104 empresas; la mayoría de estas funcionaban dando pérdidas. Aparte de este hecho, no tenían nada en común. Entre las empresas se incluyen compañías fabricantes de concreto, asbestos, equipo eléctrico, sustancias químicas, aviones y equipo marino; comercios encargados de imprenta, publicación, construcción, ingeniería civil, almacenamiento de alimentos congelados, mudanzas, energía nuclear, petróleo, gas, canteras, canales, puertos, todo tipo de transporte, hoteles, moteles, servicios de festejos, comunicaciones de todo tipo, textiles, algodón, azúcar, té, cacao y café, quema de basura, laboratorios, compañías financieras, estudios cinematográficos, de todo, incluso una cadena de bares, varios caballos de carrera y un equipo de fútbol. Piense en algo, y nosotros lo tenemos, y produce pérdidas.

En cuanto a las agencias gubernamentales (además de los principales departamentos gubernamentales) los expandimos de menos de 10 en 1.900 a 3.068. Entre otras cosas, nos enseñan cómo cultivar manzanas y peras, comercializar la leche, curar el alcoholismo, hacer películas, organizar actividades, excavar arcilla china, entrenar a parteras, fijar las tarifas para trabajos odontológicos, proteger el idioma galés, fabricar dispositivos para mejorar la sordera, controlar los detergentes y cultivar lúpulos. Asimismo, asesoran y hacen cumplir las leyes relacionadas con las carreras de caballos, cerveza, carnes, sistema métrico, equipos médicos, cerdos, papas, venados rojos, teatros, bibliotecas y deportes acuáticos, así como miles de actividades adicionales. Incluyen un Consejo Asesor sobre Tejones, una Comisión para Ralis Automovilísticas y un Grupo de Trabajo sobre Dolores de Espalda. En 1975, último año para el cual cuento con cifras completas, dichas agencias (las llamamos "Quangos") empleaban 184.000 personas y le costaban al contribuyente casi 5.000 millones de dólares. La ampliación de actividades gubernamentales ha generado nuevas categorías de trabajadores, cuya mera existencia habría sido impensable hace 15 o 20 años. A continuación cito algunos de los funcionarios nuevos, en el área de bienestar social (utilizo la nomenclatura tradicional gubernamental): "trabajadores sociales de admisión, organizadores de las tareas hogareñas, coordinadores de proyectos de delincentes juveniles, trabajadores sociales senior, funcionarios de guarderías residenciales, funcionarios asistentes de educación y recreación para la comunidad, trabajadores sociales para proyectos de recuperación de alcohólicos, trabajadores interinos de desarrollo, dirigentes de proyectos juveniles, asesores de guarderías, supervisores de juego senior, controladores de grupo de servicios domiciliarios, vigilantes supervisores de sitios turísticos, dirigentes de equipo y especialistas de juegos", entre otros.

Todas estas personas son empleados a tiempo completo, tienen derecho a ocupar un cargo fijo y recibir los beneficios acordados a los empleados públicos, incluyendo pensiones de acuerdo al tabulador. Debo añadir que cuando todos los trabajadores sociales de Londres estuvieron en huelga entre 1978 y 1979 y no asistieron al trabajo durante casi un año, ello no pareció haber hecho una diferencia perceptible y no suscitó quejas por parte de las personas a que debían servir.

(Continúa en la página 8)

Las cosas que no son del César

(Viene de la página 7)

Todo esto no es simplemente un ejemplo de viejas tradiciones británicas. El Estado Frankenstein es el inmigrante más reciente de Estados Unidos, pero tengo la impresión de que crece aún más rápidamente aquí que en Gran Bretaña. Entre 1971 y 1976, los programas de bienestar social en Estados Unidos se multiplicaron a una tasa anual de más de 25 por ciento; dos veces y media el crecimiento del PTB. Los gastos de bienestar social estimados para 1977 fueron 210.000 millones de dólares y para 1979 fueron 250.000 millones de dólares, lo cual indica que esa tasa de crecimiento se mantiene hoy en día, a pesar del programa de reforma del presidente Carter.

De hecho, existen algunos campos en los cuales Estados Unidos ya sobrepasó a Gran Bretaña en la formación del Estado Frankenstein. Un excelente índice de la burocracia es el nivel de papeleo generado por el gobierno central.

He constatado que los gastos federales por concepto de papeleo se duplicaron entre 1955 y 1966 y nuevamente casi se duplicaron para 1973, y en los cuatro años entre 1973 y 1977, aumentó en 186 por ciento, para alcanzar un total de 45.000 millones de dólares anuales. Gran parte de este aumento espantoso surge de nuevos o ampliados programas utópicos, como por ejemplo: oportunidades para la educación básica, oportunidades para empleo igualitario, protección ambiental, seguridad y sanidad laboral, cupones alimenticios, préstamos estudiantiles, controles de precios, ingresos adicionales por seguros, etcétera. El papeleo necesario para conceder un permiso a una planta de energía nuclear, por ejemplo, sobrepasa las 15.000 páginas (el tamaño de una enciclopedia multivolumen) y puede costar 15 millones de dólares a la empresa que hace la solicitud. El año pasado el contralor general de Estados Unidos informó que las empresas norteamericanas al llenar los 2.100 requisitos de información solicitada por el gobierno federal, deben dedicar casi 70 millones de horas anuales para cumplir con el papeleo gubernamental a un costo de más de 1.000 millones de dólares.

Este rápido crecimiento del sector público no solo es perverso en sí, sino que genera mayores perversidades. Corrompe el sistema político. Estimamos que durante las últimas elecciones generales británicas, celebradas en mayo, más de la mitad de los votantes laboristas eran trabajadores al servicio del Estado o recibían ayuda estatal. Ahora resulta no solo técnicamente posible, sino incluso probable, que el Partido Laborista gane una elección exclusivamente sobre la base de votos de trabajadores improductivos o recipientes de ayuda estatal.

En Estados Unidos, la situación es distinta, pero solo en cuanto al grado, no en cuanto a cantidad. Allí existe una industria del bienestar social compuesta por 5 millones de trabajadores públicos y privados que reparten los pagos y servicios gubernamentales a 50 millones de personas.

La consecuencia fundamental, aunque se habla poco sobre ella, es que cuando el Estado comienza hacer las cosas que no son del César, inevitablemente comienza a descuidar las tareas primarias del César. No se trata de que el Estado asuma papeles adicionales; al llegar a cierto punto, es cuestión de alternativas: sí o también. Examinemos las tareas básicas del gobierno, una por una. En primer lugar, la estabilidad de la moneda. En 1945, el economista británico Colin Clark argumentaba que un Estado democrático en época de paz no podía agarrar más de 25 por ciento del PTB sin generar una rápida inflación. Todo lo ocurrido durante la última década demuestra que tenía razón. Durante los años setenta, el Estado británico no solo arrebató la mitad del PTB, sino que en un año, 1976, sus necesidades de préstamos representaron 11 por ciento del PTB. El resultado fue una hiperinflación. El Estado no cumplió con su obligación básica de mantener una moneda honesta. Estados Unidos ahora atraviesa la misma situación, por las mismas razones.

Por supuesto, el valor de la moneda es el índice de la salud de la economía; en mi opinión, es el único verdadero índice a largo plazo. Si el Estado saquea los recursos nacionales, el sector generador de riquezas tiene que sufrir, y sufre en forma radical: carece de inversiones. Los estudios realizados por Robert Bacon y Walter Eltis en Gran Bretaña demostraron más allá de ninguna duda, que el crecimiento del sector público es la razón primordial por la cual son tan bajas las inversiones en la industria británica y por ende, está tan estancada la productividad.

Pero ¿por qué necesitamos que nos digan estas verdades tan evidentes? Fueron enunciadas con una admirable claridad por Adam Smith hace 200 años. Uno de los temas centrales de su *Riqueza de las naciones* es que los individuos privados crean la riqueza y el gobierno la consume. Mientras más consume el gobierno, me-

nos tiene el sector privado para invertir. De esta forma, la riqueza se acumula más lentamente: no se acumula, o incluso, disminuye. Por supuesto, Smith pensaba en términos de la corte de Versalles, el gobierno más extenso, más ostentoso y prodigioso de su época. Pero en términos económicos no existe diferencia alguna entre un gobierno de corte del siglo XVIII y una burocracia moderna del bienestar. Ya sea que Luis XV entregue el dinero a madame du Barry o que el presidente Carter lo gaste en programa de igualdad de oportunidades, los efectos dañinos sobre la inversión productiva son exactamente los mismos. Cerca del lugar donde yo vivo, nuestros burócratas gubernamentales locales se han construido, de hecho, un palacio, aún más grande que Versalles, a un costo de 50 millones de dólares. Por supuesto no lo llaman un palacio, sino un centro comunitario. No tiene un salón de espejos, pero si aire acondicionado y un ultramoderno sistema de comunicaciones. Nuestros burócratas no se consideran a sí mismos como parásitos. Tampoco lo hacían los cortesanos de Versalles, quienes también argumentaban que realizaban funciones indispensables. Y los cortesanos por lo menos no tenían sindicatos para protegerlos, elevar su número y aumentar sus remuneraciones y privilegios. La corte antigua, como derecho adquirido, era una corporación bastante frágil. La burocracia moderna de bienestar, en cambio cuenta con defensas institucionales poderosas y una ideología moral bulliciosa.

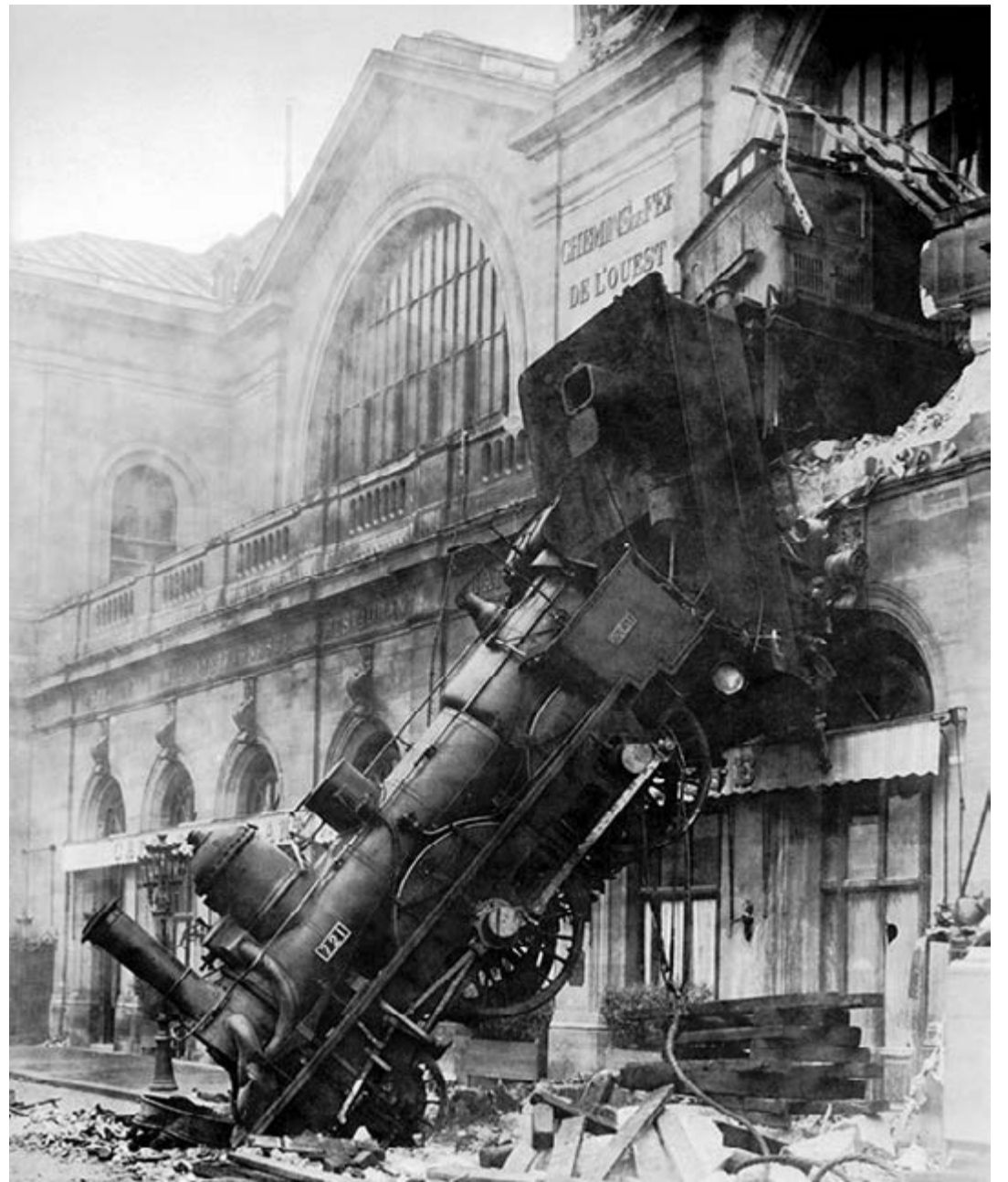
La segunda obligación del Estado es administrar la justicia. Aquí nuevamente el Estado Frankenstein dificulta cada vez más cumplir con la primera tarea. En Estados Unidos y Gran Bretaña, la ideología del Estado hiperactivo es la promoción de la justicia social. Pero no existe tal cosa como justicia social; más bien, se trata de una contradicción de términos. Lo que en realidad quiere decirse, por supuesto, es ingeniería social, ya que la única forma de justicia es la justicia individual. El único aspecto de igualdad al cual tiene el Estado derecho, incluso, un deber abrumante, es promover la igualdad ante la ley. La búsqueda de la igualdad social y económica, es, y debe ser, enemiga de la justicia. Una discriminación positiva, por ejemplo, significa –y debe significar– una injusticia a individuos, y casi siempre a los individuos más desprovistos. La ingeniería social en la educación debe representar injusticia a individuos: de hecho, está diseñada deliberadamente para producirla.

En Dinamarca, un Estado modelo de bienestar, el famoso programa estatal llamado U-90, producido por el Ministerio de Educación, explícitamente dice que debe desestimularse a los niños vivaces y motivados para que no aprendan; más bien debe enseñarseles que su éxito individual y la satisfacción de sus intereses personales resulta injusto hacia los demás. Estos métodos han estado en práctica desde hace algunos años en Suecia y ya están reflejados en el debilitamiento económico lamentable de ese país burocrático; están implícitos también en gran parte de la teoría docente aplicada en las escuelas públicas de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Existen otras formas mediante las cuales el Estado monstruo obstaculiza sus propias funciones primarias para hacer cumplir la ley. En Gran Bretaña tenemos, y ustedes pronto lo tendrán también en Estados Unidos, un Estado Frankenstein tan extenso, que libra batallas internas y hasta guerras civiles, en la cuales los funcionarios gubernamentales incitan y asisten a los ciudadanos, a quebrantar las leyes, mientras se les paga a otros funcionarios gubernamentales para que las hagan cumplir.

El Estado monstruo, en efecto, nos enrumba hacia una sociedad dividida y quejumbrosa en la cual todos ejercen sus derechos y nadie acepta responsabilidades. En ambos países, las

“
El único aspecto de igualdad al cual tiene el Estado derecho, incluso, un deber abrumador, es promover la igualdad ante la ley”



ACCIDENTE FERROVIARIO EN LA ESTACIÓN MONTPARNASSE, PARÍS (1895) / STUDIO LÉVY AND SONS

agencias gubernamentales estimulan una actitud maximizadora hacia los derechos: estos deben ser ejercidos, hasta donde sea posible, independientemente del costo que representa para la comunidad. En Gran Bretaña, las lumbreras legales del Partido Laborista ahora exigen un servicio legal global y gratuito, brindado por el Estado, sobre la base de que si los derechos están garantizados por las leyes, “también deben suministrarse los medios efectivos para hacerlos cumplir”. Definen estos derechos como “seguridad en el hogar y en el empleo, salario mínimo, derecho a la libertad e indemnidad de ataques o lesiones físicas”. Yo argumentaría que estos son derechos que ningún Estado puede garantizar honestamente y ningún sistema judicial puede hacer cumplir en forma efectiva. Exigencias similares se hacen en Estados Unidos. Es una fórmula para una sociedad en litigio. Tal sociedad no puede producir una ampliación de los derechos: solo puede desembarcar en un conflicto de derechos, ya que la suma de todos nuestros derechos nacionales es mayor que la cantidad de libertad disponible para satisfacerlos. Y un conflicto de derechos en el cual la sociedad es impotente para resolverlo, indudablemente culminará en violencia.

La última paradoja del Estado democrático monstruo es que no solo destruye su propia moneda: no solo socava su propio marco de ley y orden, sino que ni siquiera puede defender sus intereses vitales y las vidas de sus ciudadanos de violencia o asesinatos externos. En Gran Bretaña, mientras que la proporción del PTB que toma el Estado ha ido aumentando sostenidamente, la proporción de dichos ingresos que gasta en defensa ha ido disminuyendo. Los resultados se han vuelto dolorosos y visiblemente aparentes. No se puede rescatar a una sitiada embajada norteamericana con un contingente de trabajadores sociales. No se puede asustar a Brezhnev con cupones para alimentos. Mientras más intenta el Estado invertir a sus ciudadanos con los derechos ilusorios de una utopía, menos puede garantizarle los derechos que realmente importan: vida, libertad y el disfrute de lo que se ha ganado. Mientras más se expande un Estado, más pierde su credibilidad como protector benévolo y paternal.

Cuando el César se convierte en cuidador de niños, deja de ser un soldado. El Estado monstruo, con su derroche prodigioso, su promoción de la injusticia en nombre de la igualdad y su impotencia repleta de músculos, no puede inspirar respeto, mucho menos amor; en última instancia, la única relación emocional que suscita es temor. El ciudadano se convierte en un mero sujeto. El patriotismo es reemplazado por indiferencia y hasta odio.

En una época yo consideraba al Estado como un medio para que a los menos afortunados entre nosotros se nos permitiera alcanzar la expresión de la propia personalidad y logro moral, lo cual es su aspiración como criaturas creadas a la semejanza de Dios. Aunque continúo deseando este objetivo, he dejado de tener confianza en el Estado como medio de lograrlo. Por el contrario, he llegado a considerarlo como el mayor obstáculo singular a la expresión de la propia personalidad y la madurez moral

de todos nosotros, sobre todo de los pobres, los débiles, los humildes y los pasivos.

Este cambio en mi punto de vista surgió debido a mis experiencias, en particular lo ocurrido durante la última década en Gran Bretaña, donde los males acumulados, alimentados por el crecimiento del poder colectivo y la expansión estatal, se han vuelto evidentes. No obstante, el cambio también surgió gracias al estudio de la historia. La historia es un potente antidoto a la arrogancia contemporánea. Resulta humillante descubrir cuántas de nuestras suposiciones fáciles, que a nosotros nos parecen tan novedosas y plausibles, ya fueron probadas, no solo una, sino muchas veces, y bajo innumerables pretextos; y se descubrió, a elevados costos humanos, que eran totalmente falsas. Resulta prudente asimismo descubrir errores garrafales que son constantemente repetidos: lecciones dolorosamente aprendidas y olvidadas en el lapso de una generación; y ver cómo la sabiduría acumulada en el pasado es descuidadamente olvidada, en todas las sociedades, en todo momento.

De todas estas lecciones, hay una sobre la cual la historia hace hincapié, recordándonos, pero nosotros invariablemente hacemos caso omiso, y es: “Cuidado con el Estado”. El hombre, tal como lo demuestra sin lugar a dudas la historia, tiene un elemento de lo divino en él, un elemento que lo lleva a buscar incesantemente lo ideal. Es su gloria y su ruina, ya que en su búsqueda utópica percibe el proceso político como el camino a la perfección. Pero el proceso político en sí mismo es una ilusión y es más probable que conduzca hacia el infierno que hacia el cielo. Si la sociedad es desafortunada, el proceso político, de ser perseguido implacablemente, puede llevarla directamente a Auschwitz o el archipiélago de Gulag. Sin embargo, hasta las sociedades más afortunadas, como la nuestra, no encontrarán sino el mismo monstruo creado por el hombre, el Estado, al final de ese camino polvoriento, tan avaro e insensible como cuando fue inventado por el hombre en el tercer milenio antes de Cristo, con su boca cavernosa, sus pulmones de bronce, su implacable apetito e insaciable estómago, pero sin corazón, sin cerebro y sin alma.

Creo que es posible percibir, a ambos lados del Atlántico, señales alentadoras de que estamos aprendiendo esta lección. Las exigencias del monstruo han sido reveladas una por una: son fraudulentas y las consecuencias perversas de su expansión están siendo examinadas y dadas a conocer. En aquellas partes del mundo donde todavía puede debatirse, quienes propugnan el colectivismo ya se muestran a la defensiva. Estamos ganando la batalla del intelecto y con el tiempo ganaremos la batalla del gobierno también. Para finales de este siglo, si la civilización occidental existe aún, habrá retomado su rumbo hacia la liberación del espíritu e ingenio humano. Cuando miremos hacia atrás en el año 2020, creo que veremos cómo los finales de los setenta fueron el punto decisivo, cuando el mundo civilizado, no sin cierto dolor y congoja, volvió en sí, y el Estado democrático dejó de ser nuestro amo para convertirse nuevamente en el servidor de nuestros pueblos. ●

AL OTRO LADO DE LA PUERTA, febrero 26, 2023

NELSON RIVERA

El Estado violador

Recibió el premio *Right Livelihood* (el que llaman el 'Nobel alternativo') en septiembre de 2022. Semanas después, a comienzos de diciembre, se le concedió la honra del Premio Nobel de la Paz. Oleksandra Matviichuk, abogada especialista en la Defensa de Derechos Humanos, directora del Centro para la Libertades Civiles, en Kiev, oenegé fundada en 2007: en los nueve primeros meses de la guerra, el número de casos documentados de violaciones a los Derechos Humanos, superaba los 26 mil. Un mes más tarde superaban los 31 mil. Durante una entrevista concedida a Guillermo Altares, el periodista le pregunta: "¿Rusia está usando la violación como un arma de guerra?". Matviichuk: "Forma claramente parte de una táctica militar (...) Para ellos la violación es un arma especialmente eficaz, es un crimen que provoca vergüenza no solo en la víctima, sino en toda la comunidad. Es un crimen que usan para romper el lazo dentro de las comunidades".

La violación como componente del arsenal militar. Como uso militar. Política de Estado.

El dirigido por Putin: el Estado violador.

Despacho desde Mogadiscio

Decir la-peor-sequía-en-Somalia, a-lo-largo-del-último-medio-siglo, es enunciar que el agua se volatilizó donde no la había. Que lo seco se ha reseco. Y que lo reseco está en camino de pasar a otra condición, la de un estado de lo natural—porque de naturaleza ya no es posible hablar—donde ha desaparecido hasta de las moléculas. La sed como principio unificador de los reinos.

No solo Somalia: buena parte del *Cuerno de África* ha terminado por secarse. Donde había paisaje ahora hoy polvo. Y polvaredas. Hasta las más diminutas semillas han sido devoradas. Las familias, en el límite de sus fuerzas ven derrumbarse a las cabras, a las vacas, a los camellos. Se quedan allí horas observando el lento final de la esperanza.

La familia asediada por el hambre y la sed no tiene elección: debe partir rumbo al campamento más próximo. Algunas entregan a sus hijas menores en casamiento a cambio de una dote que no tarda en evaporarse. Deben huir antes de que regresen las milicias de Al-Qaeda a cobrar lo que ya está más allá de la capacidad humana: el impuesto, la extorsión. En la Somalia polvorienta y arrasada, el único ente intacto es la alcabala. La alcabala y los cobardes que despojan a los indefensos mientras los apuntan con el dedo en el gatillo.

**

Somalia tiene un poco más de 17 millones de habitantes. Casi 8 millones en los límites de la vida: sin agua, sin alimentos, bajo el dominio o asediados por el yihadismo. Entre ellos, 1,4 millones de niños. Tal la demografía del polvo y la bala.

Paul Auster: la bala viene en camino

Tomen nota: hay 393 millones de armas (en un país que tiene un poco más de 330 millones de habitantes). Unos 40 mil estadounidenses mueren al año por heridas de bala. De ellos, más de la mitad son suicidios. Al día: más de 100 muertes, más de 200 heridos. Paul Auster: por qué esta especificidad. Qué pasa en Estados Unidos.



OLEKSANDRA MATVIICHUK EN UNA CONFERENCIA DEL UNITED STATES INSTITUTE OF PEACE / ARCHIVO

Qué vínculo hay, en el océano vasto y profundo de la sociedad estadounidense, con las armas. Y abre la puerta a una comparación: "Automóviles y armas de fuego son los pilares de nuestra mitología nacional más profunda". Y pregunta: ¿si han logrado controlarse los riesgos que representan los coches, porque no ha sido posible con las armas de fuego? "El inmenso problema al que nos enfrentamos como país es probable que no se resuelva promulgando nuevas leyes, anulando leyes anteriores o imponiendo innovadoras medidas de seguridad".

Y es aquí donde, con el fuste de la mente inquieta, Auster regresa al origen, a la prehistoria de la nación—que tuvo una duración de 180 años—, "cuando Norteamérica no era más que una serie escasamente poblada de asentamientos blancos dispersos por trece lejanas avanzadillas del Imperio británico", avanzadillas que vivieron en permanente conflicto armado, propietarios de la convicción de que eran poseedores de un derecho divino de ocupar el Nuevo Mundo, y desplazar como fuera, a los que ya estaban allí cuando llegaron. Y así, Auster alcanza el nudo fáctico de la cuestión: los colonos crearon milicias a las que pertenecían todos los hombres mayores de 16 años. Tener un arma



PAUL AUSTER AT THE 2010 BROOKLYN BOOK FESTIVAL / ©DAVID SHANKBONE

y usarla se revistió del carácter de una obligación moral, familiar, de instintiva protección de la propia vida. Los colonos y sus familias vivían con miedo. "Miedo unido con violencia, con las balas como recurso principal. Es una combinación que recorre todos los capítulos de nuestra historia y hoy sigue siendo un hecho esencial de la vida en Estados Unidos". A continuación, la esclavitud. La creación de las patrullas esclavistas, "primer cuerpo policial de Norteamérica".

Auster recuerda que el prohibicionismo generó una respuesta social contraria: más bebida, más destilerías ilegales, más contrabando, lo cual parece señalar que el camino de la prohibición es apenas prometedor.

En su cuarta sección, el ensayo asume sus colores más dramáticos: las matanzas. Promedio: una al día. "Nuevo ritual estadounidense". El recorrido que hace el autor es durísimo: jóvenes u hombres de mediana edad. Solitarios, agraviados, consumidos por el odio. Algún ex. Casi nunca mujeres. Todos estos son comprensibles. Pero luego están los que escapan a cualquier método de lectura. Los que arrasan a un grupo a balazos por placer. Al azar. Y está la planificación. Y la ejecución con precisión maquinal. Y el deseo de encabezar el ranking de mortalidad. Competencia. "Es el último regalo de Estados Unidos al mundo, una nota psicópata a pie de página de previas maravillas como la bombilla incandescente, el teléfono, el baloncesto, el jazz y a vacuna contra el polio".

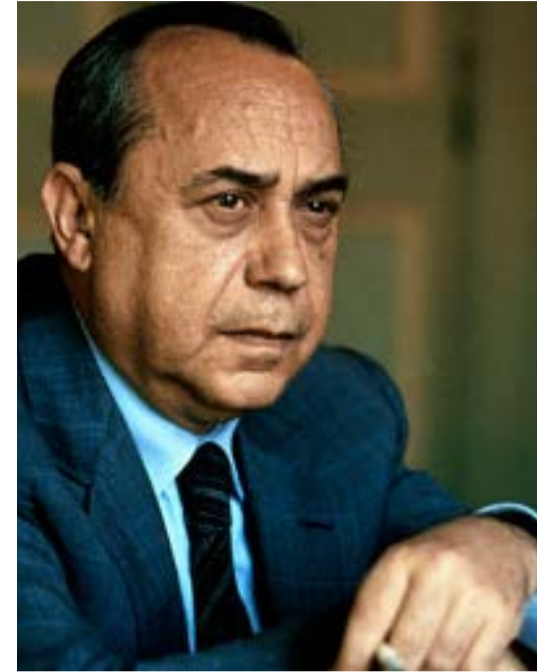
No he mencionado en esta ficha, que *Un país bañado en sangre*, como cualquier ensayo de Auster tiene el magnetismo del anecdótico y el sello de la paradoja personal; tampoco que el libro tiene a un coautor, Spencer Ostrander, quien ha viajado por el territorio, después de las matanzas, después que la sangre ha desaparecido de la escena, y ha fotografiado calles, plazas, supermercados, colegios, aulas, canchas deportivas, iglesias, hoteles y negocios, donde algún día, cualquiera, a cualquier hora, un hombre con un sofisticado fusil, seguramente con una o dos armas de repuesto, abundante munición, casi siempre con una gorra, ha quitado el seguro, apuntado y comenzado a disparar.

Un país bañado en sangre. Paul Auster y Spencer Ostrander. Editorial Seix Barral. España, 2023.

ETA: mejor bomba que tiro en la nuca

Precisa Mikel Buesa: aunque se repitió que ETA eran "los del tiro en la nuca", el recuento de los hechos demuestra que siete de cada diez de sus mortíferos ataques fueron con explosivos. ¿Cuál el balance de su gestión? 4 mil 121 ataques terroristas. 27% de ellos con victoria total: muertos, sangre en las calles. ¿Qué significa ese 27%? 885 asesinados. ¿Y qué más pueden exhibir estas criaturas? 68,7% de acciones con explosivos. 29,3% con balas. Eficacia con explosivos: 86%. Eficacia con armas de fuego: 75%. 221 atracos. 118 secuestros. Entre sus proezas, el caso de José Antonio Ortega Lara, funcionario de prisiones, al que tuvieron encerrado 532 días. Se lo llevaron del garaje de su vivienda en Burgos, el 17 de enero de 1996. Lo metieron en la maleta de un vehículo. El lugar donde permaneció: un hueco húmedo, bajo una enorme máquina. El tapón metálico que impedía el acceso pesaba más de 1000 kilos. En el instante de su liberación, Ortega Lara pensaba que eran los de ETA que habían regresado. Cuando el ta-

pón fue levantado, alcanzó a decir: "matadme de una puta vez".



LEONARDO SCIASCIA / AGRIGENTO NOTIZIE

Leonardo Sciascia y Aldo Moro

Once balas en el corazón tenía Aldo Moro (1916-1978). Dicen las estadísticas que la policía italiana hizo entonces más de 40 mil registros domiciliarios y unas 75 mil inspecciones de vehículos y documentos en carreteras. Ni un detenido. Una llamada telefónica a un asistente de Moro, el 9 de mayo de 1978, le indicó donde estaba "el cuerpo de su señoría Aldo Moro". Cumplía el autor de la llamada, miembro de Las Brigadas Rojas, con la última voluntad de su víctima: "que se comunique a su familia dónde pueden recuperar su cuerpo".

Todavía no se había apaciguado en la Italia perpleja, el eco de la ejecución, cuando Leonardo Sciascia (1921-1989) escribió *El caso Moro*, en agosto de 1978. Entonces el periodista, editor y escritor era diputado, y había formado parte de la comisión parlamentaria que investigó el asesinato y la acción del Estado. Un año más tarde, en 1979, *El caso Moro* ya había sido traducido al español. Desde entonces, cada tanto, en Argentina o España, se ha traducido este adictivo volumen, que acaba de regresar en edición de Tusquets (traducida por Juan Manuel Salmerón, 2023).

Mucho de lo que hay de espléndido en Sciascia está volcado en los escrupulosos avances de este texto de brillo inclasificable. Reportaje, acta lingüística, boceto histórico y sociológico, pulso con el falso acomodo de la prensa, rigor en la lectura de los hechos, ejercicio de revelación de las conductas y omisiones siniestras del poder, Sciascia se vale de prismas, de guías que toma de Pasolini y Borges para marcar el cauce por el que avanzará su análisis. Se concentra en las numerosas cartas que Moro envió desde su cautiverio, y en la reacción de los poderosos a las mismas. El poder se atrincheró en el argumento de que el bien superior del Estado debía ser defendido por encima de cualquier otra consideración y que, por lo tanto, la presión de Moro para que se aceptara el canje de presos con Las Brigadas Rojas era inaceptable.

Cuando Moro, que parece haber tenido siempre acceso a los diarios, entendió que el rechazo a la negociación se había impuesto, escribió cartas de asombrosa claridad, lucidez e intensa desesperación. Copio un párrafo de una de ellas—una extensa increpación—que circuló el 20 de abril de 1978: "Decid ya que no vais a dar una respuesta pronta y simple, una respuesta de muerte. Recordad, y que lo recuerden todas las fuerzas políticas, que la constitución republicana, como primera señal de novedad, suprimió la pena de muerte. Pero, queridos amigos, no hacer nada por impedirlo, seguir obrando con insensibilidad y respeto ciego de la razón de Estado, significaría ni más ni menos volver a introducir la pena de muerte en nuestro ordenamiento. Y yo, en la Italia democrática de 1978, en la Italia de Beccaria, sería, como otros en pasados siglos, condenado a muerte. De vosotros depende que la condena se ejecute. A vosotros pido la gracia del indulto". Así, bajo esta lógica, la ejecución de Aldo Moro, además de un crimen terrorista, fue también un asesinato de Estado.

Pero sobre Moro todavía estaban por ocurrir abusos peores. Desconociendo la que había sido una posición histórica del dirigente democristiano, un amplio grupo de sus *más próximos amigos tomaron una iniciativa, en las lindes de lo aberrante: producir un documento*, en el que afirmaban que *ese Moro, el que proponía un canje de presos, no era el Moro estadista que ellos reconocían*. Por lo tanto, las cartas solo podían haber sido escritas por un Moro drogado o coaccionado. Un Moro fuera de sí: un Moro que venía a romper el consenso de los poderes para no negociar con los terroristas, sin lograr tampoco una solución policial a la tragedia, hasta que aquel funesto 9 de mayo de 1978, once balas atravesaron el corazón del secuestrado. ☹



SEQUÍA EN SOMALIA / FAO